



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Facultat de Geografia
i Història

Imperium sine fine

La *Eneida* y la construcción de la ideología
augústea



Trabajo de Final de Grado – Historia

Anna Fernández Iglesias

Tutorizado por el Dr. Víctor Revilla Calvo

2020-2021

RESUMEN

El presente trabajo trata las relaciones e influencias entre la *Eneida*, poema épico de Virgilio, y la construcción de la ideología augústea durante el denominado Siglo de Augusto. Mediante el análisis de los cantos que conforman la obra, se analiza la creación y el enaltecimiento del mito nacional romano en torno a la figura mítica de Eneas, que, guiado por el *fatum*, debía fundar la ciudad de Roma y la *gens Iulia* que en el futuro lideraría un *imperium sine fine*.

Palabras clave: Roma, Eneida, Augusto, Virgilio, *Imperium*.

ABSTRACT

This paper deals with the relationships and influences between the Aeneid, Virgil's epic poem, and the construction of the Augustan ideology during the so-called Age of Augustus. Throughout the analysis of the books that shape the poem, the creation and enhancement of the Roman national myth is analyzed through the mythical figure of Aeneas, who, guided by the *fatum*, was to found the city of Rome and the *gens Iulia* that in the future, would lead an *imperium sine fine*.

Key words: Rome, Aeneid, Augustus, Vergil, *Imperium*.

ÍNDICE

1.	INTRODUCCIÓN	5
1.1.	Definición del objeto de estudio: épica, construcción del pasado e identidad romana .	5
1.2.	Planteamiento y objetivos	6
1.3.	Estructura y metodología	6
2.	EL SIGLO DE AUGUSTO.....	7
2.1.	Augusto y su época	7
2.2.	La construcción de una ideología política: la noción de <i>imperium</i> y su evolución.....	8
2.3.	La literatura en el siglo de Augusto	10
3.	VIRGILIO: Entre la historia y el mito	12
3.1.	La figura de Virgilio y las fuentes para su estudio.....	12
3.2.	Vida de Virgilio.....	15
4.	LA <i>ENEIDA</i>	17
4.1.	La <i>Eneida</i> de Virgilio: temática e intenciones	17
4.2.	Análisis de los Libros I-XII.....	19
4.2.1.	Libro I: <i>Fatum</i>	19
4.2.2.	Libro II: El libro de Troya.....	20
4.2.3.	Libro III: <i>Antiqua mater</i>	22
4.2.4.	Libro IV: Tragedia	23
4.2.5.	Libro V: Reposo.....	25
4.2.6.	Libro VI: <i>Descensus ad inferos</i>	26
4.2.7.	Libro VII: Patria.....	29
4.2.8.	Libro VIII: Roma antes de Roma.....	30
4.2.9.	Libro IX: Niso y Euríalo	32
4.2.10.	Libro X: <i>Furor</i>	33
4.2.11.	Libro XI: Paz en la guerra	34
4.2.12.	Libro XII: Duelo.....	35
4.3.	La <i>Eneida</i> de Virgilio: ¿Epopéya romana o epopeya augústea?	36
5.	CONCLUSIONES	38
6.	BIBLIOGRAFÍA.....	40
6.1.	Bibliografía de autores clásicos.....	40
6.2.	Bibliografía de autores contemporáneos	40
7.	ANEXOS.....	43
7.1.	<i>Descensus ad inferos</i>	43
7.2.	Roma antes de Roma.....	52

possunt, quia posse uidentur.

(VIR, *En.* V, 231)

1. INTRODUCCIÓN

1.1. Definición del objeto de estudio: épica, construcción del pasado e identidad romana

La literatura, como todas las formas de arte, es un elemento que influye fuertemente en la historia y la cultura de una nación o pueblo. En muchas ocasiones es forjadora de identidad y memoria, e incluso de orgullo patriótico.

La historia y la literatura son dos disciplinas muy distintas, que se encuentran estrechamente relacionadas entre sí; no pudiendo, en muchas ocasiones, ser completamente desligadas la una de la otra. Es posible afirmar que si bien no todos, pero sí la mayoría de hechos históricos relevantes en una cronología acostumbran a quedar inmortalizados en obras literarias de mayor o menor rigor. Esta causalidad se refleja en todas las épocas; desde la antigüedad, como se analiza en el presente trabajo, hasta la época contemporánea, con novelas como *Por quién doblan las campanas* de Hemingway, pasando por el cantar de gestas de *El Cantar de mio Cid* en la Edad Media.

Es vital, entonces, reconocer el grado de influencia que ejerce la historia sobre la literatura, pero también el poder que tiene la literatura de influir en la historia, o cuanto menos, el poder que tiene sobre la autoconcepción histórica de un pueblo, su identidad y su memoria.

En esta línea se enmarca el objeto de estudio del presente trabajo, que pretende analizar la influencia y naturaleza de la obra de Virgilio en relación a la identidad romana y su memoria nacional, así como los valores del imperio, que tuvieron su formación principalmente durante los años del final de la República y principios del Imperio. Esta cuestión no ha pasado desapercibida para la mayoría de historiadores que se centran en este período y no es ningún secreto que esta identidad nacional y reconstrucción del pasado, que se gesta en las décadas más brillantes para la cultura latina, se nutre de la recuperación de mitos tradicionales y la cooperación de todas las artes para su formación.

Dentro de este contexto, siempre asociado al emperador Augusto y su círculo de escritores, impulsado por Mecenas, la figura de Virgilio resalta por encima de los otros poetas de su tiempo, es por eso que se ha escogido para analizar su obra maestra, la *Eneida*, ya que de alguna manera da forma definitiva no solo al pasado mítico romano, sino a los valores y las cualidades que el pueblo romano debía admirar e imitar.

1.2. Planteamiento y objetivos

El objetivo de este trabajo es analizar la epopeya latina por excelencia, la *Eneida* de Virgilio, ya que comúnmente se ha catalogado el poema como una obra meramente propagandística, al servicio de la ideología imperial que por aquel entonces necesitaba legitimar y asegurar su poder al frente de Roma, es por eso que al plantear el estudio de los diferentes cantos que conforman la obra, pretende examinarse la influencia augústea en ella, y la posible contribución que esta, a su vez, tuvo en la ideología de su tiempo, junto con el resto de obras del siglo de Augusto.

El motivo por el que se ha escogido esta epopeya y no otras obras de autores como Ovidio o Horacio, entre otros, es que la *Eneida* es el ejemplo más completo de este proceso de formación ideológica.

La finalidad última de este análisis es, pues, atestiguar la importancia e influencia que la literatura, en este caso concreto la obra de Virgilio, ejerce sobre el tiempo en el que es concebida, en este caso la época imperial romana.

1.3. Estructura y metodología

Para realizar el presente análisis, se ha dividido la cuestión en tres grandes bloques, que incluyen, en primer lugar, dos apartados iniciales que ponen en situación la época e ideología en la que fue confeccionado el poema, así como contextualiza a su autor y las personalidades que influyeron en la obra.

Para la realización de estos dos apartados contextuales se ha recurrido, además de la propia *Eneida* y el resto de poemas virgilianos, a bibliografía básica contemporánea como las obras de Pierre Grimal, de las que destacan *El siglo de Augusto* (1999) o *El imperio romano* (2000). Imprescindible también el libro *Augustan Culture. An interpretative introduction* (1996) de Karl Galinsky y la obra de G. Alföldy, *Nueva Historia social de Roma* (2012) que nos permite sintetizar el marco histórico general. También se ha recurrido a bibliografía de autores clásicos como Ovidio, Tácito, Horacio y Propertio, entre otros.

En segundo lugar, se ha realizado un análisis extensivo de los doce libros que componen la epopeya de Virgilio, centrandose especial atención en los cantos I, II, VI y VIII, ya que incluyen, a juicio personal, la mayor cantidad de referencias de interés para

la construcción de la ideología imperial romana. De cada libro se ha analizado, en mayor o menor medida, algún aspecto literario o cita textual que resulta de interés para el objetivo final del trabajo. Para analizar estos pasajes se ha recurrido a estudios de las últimas décadas que ya analizan la cuestión, como, por ejemplo: *The Fates, the Gods, and the Freedom of Man's Will in the Aeneid* de Louise E. Matthaei (1917); *Virgilio, Troya, Roma y Eneas* de Vicente Cristóbal (1993), *El descensus ad inferos en La Eneida: muerte simbólica de Eneas y legitimación de Augusto* de María Herrera Valenciano (2018), entre otros.

Para finalizar, se han sintetizado todos los aspectos analizados en los tres grandes bloques expuestos en el trabajo, con la voluntad de valorar el impacto de la ideología augústea en la obra, pero al mismo tiempo el impacto de la obra en dicha ideología.

2. EL SIGLO DE AUGUSTO

El “siglo de Augusto” es una cómoda denominación, con una larga historia, para definir el período que abarca desde la muerte de César, acontecida en los idus de marzo del año 44 a.C. hasta el fallecimiento del propio emperador, en agosto del 14 d.C. Historiográficamente hablando, esta denominación se ha justificado en la importancia atribuida las iniciativas de Augusto en todos los ámbitos, desde la política a la producción cultural. Estas iniciativas habrían transformado una Roma sumida en el caos en un estado organizado, estable y pacificado (véase por ejemplo Grimal 1999, aunque el término aparece ya a finales del siglo XIX).

2.1. Augusto y su época

Cayo Octavio Turino, que desde el 40 a. C. es llamado *Iulius Divi Iuli Filius Caesar*, tras su adopción póstuma por parte de Julio César, quién, además del nombre, también le cedió su herencia como dictador. Pero no será hasta el año 27 a.C. que se propondrá al Senado el otorgamiento del nombre *Augustus*. El término, ya utilizado en la lengua latina, se aplicaba a lugares u objetos consagrados, designados por los augures. La intención estaba clara: este epíteto afirmaba la misión sagrada de Octavio; a él le correspondía dar comienzo, bajo favorables augurios, la nueva era que aguardaba para Roma (Grimal, 1999: 8-12).

Los dos primeros siglos del Imperio, que dieron comienzo con el Principado de Augusto, fueron el momento de máximo esplendor político, geográfico y social para Roma (Alföldy, 2012: 131). Tras los difíciles años que culminaron con el fin de la República, y tras vencer a Marco Antonio en la batalla de Accio, Augusto finalmente se hizo con la posesión total del *imperium*.

Desde antes de vencer a Antonio, Augusto procuró presentar todas sus innovaciones institucionales como meras variaciones de las tradiciones republicanas, asegurándose así una posición política clara: bajo ningún concepto pretendía poner en peligro el sistema tradicional romano; de esta manera, sus medidas eran presentadas como excepcionales y, por lo tanto, siempre provisionales. Esta postura no se alteró con la toma de posesión definitiva del poder. Rechazó numerosos cargos, comenzando por el que le legó su padre adoptivo, el de *dictator*. También rechazó el consulado perpetuo, aunque ostentó el cargo hasta en once ocasiones, si bien, nunca seguidas (Grimal, 2000: 66).

Aun así, la potestad del Principado seguía siendo casi absoluta, y aunque es cierto que a efectos prácticos Augusto detentaba la totalidad de los poderes (Grimal, 1999: 47), intentó equilibrar su influencia y la de los magistrados, estableciendo que las provincias más antiguas y ya pacificadas se mantuvieran bajo control del Senado; mientras que aquellas que requerían de presencia militar quedaban bajo el control del emperador, administradas por un *legatus*, un lugarteniente. Paralelamente disponía de agentes civiles, llamados procuradores, que gestionaban las finanzas de los diferentes territorios que conformaban el *imperium* (Grimal, 2000: 80)

2.2. La construcción de una ideología política: la noción de *imperium* y su evolución

¿Pero a qué denominaban los romanos *imperium*? El término no estaba intrínsecamente ligado, como nuestro actual «imperio», a un ideal de violencia u opresión, pero tampoco estaba privado de él (Grimal, 2000: 7). Sin traducción exacta en nuestro idioma, a menudo se traduce como «dominio» o «soberanía». En esta palabra se encontraba entonces un ideario de orden, y nunca se identificaba con una simple tiranía.

El máximo exponente de este imperio, dominio o soberanía, era, en tiempo de reyes, detentado por una deidad, Júpiter, quien ordenaba la ciudad y mantenía las relaciones directas con el rey, a través de los presagios y las ceremonias de culto y agradecimiento.

Al finalizar la monarquía, los magistrados preservaron este poder divino que consideraban el *imperium*, manteniendo que el ejercicio del poder estuviera estrecha e irrevocablemente ligado a él.

La autoridad del *imperium* no era absoluta, ya que el pueblo de Roma, acomodado a la *maiestas*, tenía la capacidad de incidir en la aprobación de determinadas leyes. Existe la noción, entonces, de que ambas herramientas de poder servían a propósitos distintos; las leyes ofrecían soluciones a determinadas situaciones, mientras que el *imperium* sería utilizado para hacer frente a los imprevistos, siendo complementario a la ley, modificable y voluble. En palabras de Tiberio, según Tácito: “*Los derechos (es decir las reglas fijadas por las leyes) disminuyen cada vez que crece el poder, y no hay que recurrir al imperium cuando es posible decidir según las leyes*” (Anales, III. 69).

Así, los términos *imperium* e *imperator* pueden resultar bastante complejos de analizar, ya no sólo en sus aplicaciones prácticas, si no en aquello que les es atribuido. Nunca llegará a borrarse el carácter sagrado de estos conceptos en todos los siglos que duró el Imperio y pese a que el título de *imperator* no le confería a Augusto el prestigio digno de una divinidad, sí que le asociaba cierta predestinación y naturaleza divina, que se sumaba a su propio epíteto *Augustus*, que sí que encarnaba ese carácter sacro, como mencionaba previamente. Estos factores, sumados a la idealización a la que la literatura y el pueblo le habían sometido, provocaron que se le situara entre el número de divinidades reconocidas por la religión oficial en el momento de su muerte (Grimal, 2000: 14).

Augusto nunca consideró su nuevo régimen político una mera continuación de la República, pese a que quiso mantener muchos de sus valores y tradiciones. Deja claro en su *Res Gestae* que, con él, Roma evoluciona más allá de los límites republicanos, y que Roma ya no tiene que preocuparse por mantener o restaurar la República, si no que tiene que asertar su soberanía sobre el resto del mundo, en la forma de un *imperium* y con él al frente, encarnando la figura del *imperator*. Este término, por lo tanto, sufrió una gran transformación desde su uso republicano a la voluntad que le otorga Augusto, llegando a designar al guía y líder del *imperium populi Romani* que el *imperator* llevaba a la grandeza (Ramage, 1987: 54-57).

2.3. La literatura en el siglo de Augusto

La llamada edad de oro de la literatura romana se dio de manera parcial y fortuita durante el siglo de Augusto, ya que, a pesar de la coincidencia cronológica entre ambos procesos, estos discurrieron de forma paralela, influenciándose entre sí (Grimal, 1999: 63).

Este apogeo comenzó, de hecho, mucho antes de la llegada de Augusto al poder; de la mano de autores como Catulo, la poesía latina comenzó a renovarse y a adaptar las formas métricas de la lírica griega. La mayoría de autores remarcables de este momento comenzaron su carrera literaria bastante antes de quedar bajo el amparo de Mecenas. Virgilio estuvo bajo la protección de un lugarteniente de Antonio, Horacio era abiertamente republicano, y, sin ir más allá, Ovidio, el escritor más destacado de la segunda generación, acabó su vida en el exilio.

Podríamos determinar, entonces, que estos autores no quedaban ni al servicio de Augusto ni de su ideología. Tanto el círculo de Mecenas como el círculo de Mesala (dónde dio sus primeros pasos Ovidio) estaban formados por diferentes autores y estilos. Alrededor de Mesala orbitaban autores como Tibulo, el poeta del amor, o Sulpicia, única poetisa latina de la que se han conservado textos hasta nuestros días (Grimal, 2000: 89-92).

El círculo de Mecenas estaba marcado por la fuerte personalidad de Virgilio, pero otros importantes autores formaron parte también del grupo. Horacio, principal poeta satírico latino, compuso las *Sátiras*, las *Odas* y las *Epístolas*. También destaca Propercio con sus *Elegías*, y otros autores de menor consideración como Vario Rufo o Plocio, quienes revisaron *la Eneida* de Virgilio tras la muerte de este.

Fuera del círculo encontramos a Ovidio, que en cierta medida encarnaba la era de Augusto, ya que tan solo tenía trece años cuando ocurrió la batalla de Accio y, por lo tanto, podría afirmarse que sólo había conocido la *pax Augusta*. Así como el resto de autores apreciaban la tranquilidad y la paz en contraposición al conflicto que habían conocido hasta entonces, Ovidio la apreciaba de per se (Galinsky, 1996: 228):

*“prisca iuvent alios, ego me nunc denique natum
gratulor: hace aetas moribus apta meis.”*

(AA, III.121-22)

[Que otros prefieran lo antiguo, yo me felicito de haber nacido en época que conforma con mis gustos] (trad. Jorge A. Mestas).

Su obra más notable es *Las Metamorfosis*, una de las mayores obras de mitología grecorromana. Con sus quince libros pretendía relatar la historia del mundo romano desde la Cosmogonía hasta la muerte y posterior deificación de César; combinando algunos pasajes históricos con pasajes mitológicos.

Aunque el verso es, por excelencia, el estilo más reconocido de la literatura romana, un autor destaca a la misma altura con su prosa: el historiador Tito Livio (Grimal, 1999: 90). Su obra, redactada en ciento cuarenta y dos libros, comprendía la historia de Roma desde sus orígenes hasta el año 9 d.C. De este conjunto solo han llegado a nuestros días treinta y cinco volúmenes completos; del resto de libros sólo nos constan algunos resúmenes incompletos y algunos fragmentos dispersos (Dihle, 1994: 59).

Tito Livio recuperó la metodología de los más antiguos historiadores latinos –los analistas–, que reportaban año tras año todo lo que había ocurrido desde la fundación mítica de Roma. De alguna manera, el objetivo de Tito era «comprender» Roma, sus luces y sombras: las razones de su grandeza, pero también sus contradicciones y la violencia en tiempos de guerras civiles. El objetivo era, pues, comprender qué motivos de esperanza aportaba el Principado. Y, aunque es una obra que sirve a una política, en ningún momento deja de pretender ser honesta. Como dice Pierre Grimal en su obra *El siglo de Augusto* (1999): “Tito Livio servía, sin duda, a Augusto, pero sólo en la medida en que éste servía a esa patria profundamente amada.”

Tito Livio complementa a Virgilio en tanto que ambos, con su obra, labraron la imagen del «alma» romana que ha perdurado hasta nuestros días. Esta imagen e ideario era cabalmente el relato que Augusto deseaba, pero no por ello debemos asumir que Augusto lo inventó. El sentimiento existía, quizás algo olvidado; de la misma manera que Virgilio no inventó la leyenda de Eneas, ni Tito Livio las figuras de otros tiempos que describía en su obra; Augusto solo restauró un ideario en declive, devolviéndole a Roma su grandeza durante unos cuantos siglos más (Grimal, 1999: 94).

3. VIRGILIO: Entre la historia y el mito

3.1. La figura de Virgilio y las fuentes para su estudio

La vida de Virgilio resulta complicada de estudiar, ya que pocas fuentes nos hablan sobre sus vivencias y su obra no refleja demasiados aspectos de su día a día. La historiografía de las últimas décadas ha intentado, no sin dificultad, reconstruir su biografía principalmente a partir de diversas fuentes, entre ellas: las propias declaraciones del poeta que encontramos en sus obras, algunas referencias de sus contemporáneos, y las llamadas *Vitae Vergilianae* –obras biográficas escritas por diversos autores a partir del siglo cuarto en adelante– (Frank, 1930: 67).

Entre sus obras encontramos, además de su última obra: la *Eneida* (de la que hablaré más adelante), las *Bucólicas*, la primera gran obra que escribió, un diálogo pastoril sobre la vida y la muerte, el amor, la poesía, la naturaleza, entre otros muchos temas (Vidal, 2017: 2). En esta obra es donde encontramos el número más elevado de referencias a sus propias vivencias, en ella mencionó o aludió claramente a muchos de sus poetas coetáneos, así como transcribió sus preocupaciones y angustias en relación a la pérdida de propiedades que sufrió su familia en Mantua (Vidal, 2017: 6).

Su segunda obra, las *Geórgicas*, se trata de un convenio de agricultura y ganadería que se convierte también en un canto a la vida y al trabajo manual en el campo (Vidal, 2017: 2). Es en esta obra en la que se refiere a si mismo más explícitamente, en ella afirmó haber escrito el poema en Nápoles mientras el César combatía en Asia y también recuerda en ella la elaboración de las *Bucólicas* (G. IV 559-566), hace referencias a Tarento y Mantua (G. II 197-198), así como nombra a Mecenas al principio de cada libro, invocó a Octavio como nuevo dios (G. I 24-42, 503-504), y también expresó su intención de cantar sobre él en un nuevo poema (G. II 173-176).

Y, por último, si tenemos en cuenta algunos de los poemas que se encuentran en el *Appendix Vergiliana*, encontramos en ellos las más antiguas referencias de Virgilio a su propia vida. La mayor parte de los críticos consideran que las composiciones *Catalepton V* y *VII* son auténticas, y, en ellas, Virgilio expresó su despedida a la retórica y plasmó su deseo para que la villa de Sirón fuera un nuevo hogar para su familia si esta debía abandonar Mantua y Cremona (Vidal, 2017: 5-6).

Además, de su llamado «autoepitafio» (aunque el consenso es que Virgilio no sería, como dice la tradición, el autor (Velaza, 2018: 876)), podemos deducir que nació en Mantua y que sus restos fueron trasladados a Nápoles, dónde aparece el siguiente epígrafe, que también menciona sus tres obras primordiales; las *Geórgicas*, las *Bucólicas* y la *Eneida*:

Mantua me genuit, Calabri rapuere, tenet nunc Parthenope: cecini pascua, rura, duces.

[Mantua me dio la vida, Calabria me la arrebató. Ahora le pertenezco a Parténope: canté a los pastos, a los campos, a los caudillos].

Además de sus autorreferencias, encontramos numerosas alusiones en las composiciones de otros autores coetáneos y posteriores a él. Sabemos que Virgilio era reconocido por sus contemporáneos y que su obra ya era admirada en la cultura popular de la antigüedad (Martindale (ed.), 1997: 56). Composiciones de Horacio, Propercio y Ovidio, algunos fragmentos de Mecenas, Gayo Meliso, Julio Montano, Lucano, Séneca el Viejo, Estacio, Marcial, Plinio el Joven y Tácito nos hablan de él. La mayoría de estos testimonios proceden de obras que fueron escritas entre el I-II d.C, pero que no han llegado hasta nuestros días (Vidal, 2017: 7).

Los testimonios más relevantes son los que encontramos en las obras de Horacio y Propercio, e incluso Ovidio le nombra en una determinada ocasión. Horacio narra en el libro primero de su *Sátira* el viaje hacia Brindis que emprende junto a Mecenas, donde se les unieron Plocio Tuca, Vario y Virgilio en Sinuesa:

“Postera lux oritur multo gratissima; namque Plotius et Varius Sinuessae Vergiliusque occurrunt, animae qualis neque candidiores terra tulit neque quis me sit deuinctior alter. O qui complexus et gaudia quanta fuerunt! Nil ego contulerim iucundo sanus amico.” (HOR., Sat. 39-44).

[Amanece el siguiente día, con mucho el más dichoso, pues en Sinuesa nos salen al encuentro Plocio, Vario y Virgilio, las almas más puras que la tierra ha dado, y a quienes nadie quiere más que yo. ¡Oh, qué abrazos hubo y qué alegrías! Nada compararía yo a un amigo querido, estando en mis cabales.] (trad. José Luis Moralejo).

Propertio, en el segundo libro de sus *Elegías*, anuncia la creación de la *Eneida*, y por otro lado, Ovidio solo mencionó a Virgilio en su autobiografía cuando explicó que solo le pudo conocer de vista: *Vergilium uidi tantum* (OV., *Trist.* IV 51).

Entre los autores posteriores al tiempo de Virgilio, encontramos que las referencias a la vida del poeta confluyen con su pervivencia y legado, una cuestión que se alarga hasta nuestros días, y que aún permanece abierta. Por poner algún ejemplo, Plinio el Viejo recogió en su obra el deseo de Virgilio de quemar la Eneida si no la terminaba y el deseo de Augusto de que esta se publicara (VII 114). Séneca el Viejo mencionaba en sus *Controversias* que Virgilio brillaba más en verso que en prosa (*Controv.* III 8).

Pero estas no son las únicas fuentes sobre la vida de Virgilio que han llegado hasta nuestros días, ya que se han conservado una gran cantidad de manuscritos que contienen biografías sobre él, las llamadas *Vitae Vergilianae* (Vidal, 2017: 13). Desde hace aproximadamente un siglo, la investigación filológica ha estudiado detenidamente estas biografías para establecer relaciones de dependencia y aislar aquellas que podrían ser consideradas primarias u originales, separándolas de aquellas que derivan de ellas. Según K. Bayer, las Vidas originarias serían las siguientes:

- *Vita Suetonii uulgo Donatiana* (llamada VSD)
- *Vita Seruii* (llamada VS)
- *Vita Probiana* (llamada VP)
- *Vita Bernensis* o *Libellus-Vita* (llamada VB)

La cantidad de datos fiables o que merece la pena tener en consideración en estas biografías es cuestión de debate entre los investigadores e investigadoras, pero no por ello deben descartarse las *Vita* completamente, en palabras de Bayer: “contienen el máximo material auténtico, sin que eso signifique, sin embargo, que cada detalle merezca garantía”.

Aun así, la dificultad de interpretación de las fuentes y la poca información que ellas aportan ha hecho que, durante las últimas décadas, numerosos estudiosos se planteen incógnitas sobre la cuestión. Destacan el *What do we know about Vergil?* de Tenney Frank (1930), rechazando completamente la VSD, por las influencias de Donato que podían encontrarse en ella, pero adscribiéndose a una corriente que afirmaba la autenticidad de la mayor parte de la *Appendix Vergiliana*. Por otro lado, también es destacable el estudio *Was wissen wir von Vergils Leben?* de Heinrich Naumann (1981),

dónde acepta la autoría suetoniana de la VSD, pero no defiende ninguna interpolación por parte de Donato (ni posteriores); y aun defendiendo que la totalidad de la autoría le pertenecería a Suetonio, no considera que esta fuente tenga validez alguna.

Es importante tener en cuenta que, aunque la mayoría de las fuentes no pueden ser consideradas totalmente válidas para el estudio de la vida de Virgilio, tampoco pueden ser ignoradas completamente, puesto que son las únicas con las que contamos (Vidal, 2017: 15).

3.2. Vida de Virgilio

Entonces, una vez expuesta la problemática de sus fuentes, ¿qué sabemos de la vida de Virgilio?

En primer lugar, sabemos su nombre completo, *Publius Vergilius Maro*, y conocemos también su fecha de nacimiento, las idus de octubre del año en el que eran cónsules por primera vez Licinio Craso y Pompeyo el Grande.

Sabemos, además, que Virgilio nació en la ciudad de Mantua, como he mencionado previamente. Es un hecho contrastado que esta era su tierra natal y que la apreciaba, él mismo la evoca en sus *Bucólicas* y *Geórgicas*, además de aparecer en su epitafio (Vidal, 2017: 15). También hace referencia a ella en la *Eneida*, dónde aparece el linaje de Mantua, más antigua que la mismísima Roma. Allí vivió los primeros años de su vida, hasta que su familia, a la que las fuentes atribuyen un origen modesto, se trasladó a Cremona, dónde Virgilio comenzó sus estudios y permaneció hasta que tomó la toga viril a la edad de quince años.

A continuación, se trasladó a Milán para continuar con sus estudios y finalmente acabó dirigiéndose a Roma durante un tiempo, estancia de la que no sabemos prácticamente nada con certeza. Más tarde se trasladó a Nápoles, imprescindible para su obra. Podemos suponer que allí se mantuvo durante el período de Guerras Civiles y el final de la República, pero no hay registro certero de dónde pudo pasar este período tan inestable. Lo que sí que está claro es que le afectó directamente, ya que la propiedad familiar fue afectada, o como mínimo, amenazada por la confiscación.

También se transcribe en sus obras la angustia e incertidumbre de este período, que influirán en la visión que tendrá, más adelante, del período de paz que traerá el emperador Augusto.

Hay alguna posibilidad de que Virgilio volviera a su tierra natal en este complicado episodio para su familia y él, pero, en todo caso, acabaría volviendo a Nápoles. Porque allí es donde trabajó en las *Bucólicas*, la primera de sus grandes obras entre el 42 a.C. y el 39 a.C.

Desconocemos acerca de sus años de madurez, pero sabemos que al terminar las *Geórgicas*, Virgilio comenzó a componer la *Eneida* durante sus últimos años de vida, hasta su muerte en el 19 a.C. dejando la obra inacabada, pero con una primera redacción completa. Algunos pasajes estaban ya completos y revisados, pero otros, como el Libro III, en el que Eneas se embarca por el Mediterráneo, estaban lejos de satisfacer al autor en los meses previos de su muerte; por eso decidió emprender un viaje a Asia Menor, pasando por Grecia, para poder visualizar los pasajes que recorría el héroe en sus pasajes.

Pero Virgilio contaba ya con más de cincuenta años y una salud delicada, que hizo que al llegar a Atenas y encontrarse con Augusto que retornaba de Oriente, decidiera volver con él y no proseguir su viaje; muriendo poco después y dejando su poema épico incompleto. Nos dice la tradición bibliográfica que él quería evitar que pudiera publicarse de manera póstuma quemándolo, ya que no había logrado terminarlo. Pero sus amigos Vario y Tuca se negaron y acabaron publicando la obra terminada, aunque sin demasiadas correcciones; manteniendo el manuscrito de Virgilio, que es como ha llegado a nuestros días.

El por qué quiso Virgilio destruir la *Eneida* o, como mínimo, evitar su publicación, es una cuestión sin respuesta que actualmente sigue planteando muchas hipótesis entre los historiadores e historiadoras.

Es posible que su propia autoexigencia y perfeccionismo no le permitieran concebir que una obra suya inacabada viera la luz, ya que no había podido plasmar su historia de la manera que, en última instancia, él habría querido. Al fin y al cabo, la expectativa en torno a la *Eneida* ya era máxima en los momentos previos a su publicación, quizás sintió Virgilio que había fallado en su misión de componer un poema que respondiera a algunos de los más antiguos interrogantes perpetuos de la condición humana, como vaticinaban sus coetáneos.

Pero también se plantean otras cuestiones más controvertidas como que quizás Virgilio, al final de su vida, quiso evitar la publicación de la obra, ya que esta podía ser usada con fines propagandísticos por el emperador Augusto, con el que, quizás, ya no estaría en tan buenos términos (Vidal, 2017: 15 -53).

En todo caso, la realidad es que todos los esfuerzos por realizar conjeturas e hipótesis coherentes no resolverán jamás esta «cuestión virgiliana» y tampoco nos desvelaran las intenciones de un poeta que moría dos mil años atrás, dejando magníficas obras, pero en especial, una de las más grandes epopeyas latinas que han llegado hasta nuestros tiempos.

4. LA ENEIDA

4.1. La Eneida de Virgilio: temática e intenciones

La *Eneida* es un poema épico compuesto de doce libros o cantos que retrata el viaje y las gestas de Eneas desde el desenlace de la Guerra de Troya hasta la fundación de lo que un día sería Roma. El poema bebe de un gran número de fuentes; la temática principal está basada en la leyenda de Eneas, una historia de tradición romana que no fue de la propia invención de Virgilio y que contaba por aquel entonces con considerables versiones distintas, transmitida mediante numerosas fuentes literarias e iconográficas griegas y romanas, fuentes que el propio Virgilio hubo de examinar y seleccionar a la hora de componer esta epopeya (Cristóbal, Echave-Sustaeta, 2019: 32).

El poema constituye, a su vez, una especie de continuación o reescritura de los poemas homéricos, adquiriendo de ellos la fórmula métrica y el estilo de narración, que comienza *in medias res*, entre otros paralelismos y oposiciones temáticas, que podrían dividir la obra de Virgilio en dos:

En primer lugar, se suelen equiparar del Libro I al VI con el poema de la *Odisea*, ya que Virgilio se inspira en el género literario principal de este poema, el llamado *nóstos*, que narra el regreso al hogar del héroe. Este tipo de historias se caracterizaba por representar un largo y complicado viaje que comúnmente se veía interrumpido por intromisiones de los dioses y pruebas que el héroe debía superar hasta lograr llegar a su patria.

En la *Odisea*, Ulises, héroe griego de la Guerra de Troya, parte de vuelta a su tierra, Ítaca, en un periplo en el que se ve interceptado por los constantes contratiempos del dios Poseidón, pero a su vez se ve apoyado por otras deidades como Atenea, que intentan asegurar su regreso. El paralelismo con los primeros seis libros de la *Eneida* es obvio, en ellos, Eneas parte de la Guerra de Troya hacia Italia con el apoyo de su madre, la diosa Venus, pero con la diosa Juno en su contra, ya que conoce el destino que aguarda a los troyanos si logran llegar al Lacio.

En cuanto a la segunda parte de la *Eneida*, del Libro VII al XII se compara con el poema homérico de la *Ilíada* y el resto de poemas del *Ciclo troyano* que narraban los acontecimientos de la leyenda de la Guerra de Troya, pudiendo ser equiparadas con las conquistas que lleva a cabo Eneas a su llegada a la Península Itálica, así como pudiendo equiparar el despecho amoroso de Menelao por parte de Helena con el despecho que sufre Dido por parte Eneas. Aunque este aspecto también puede ser un reflejo del conflicto de Medea y Jasón en las *Argonáuticas* de Apolonio (Cristóbal, 1999: 60-65).

Es evidente, pues, que Virgilio no solo se propuso crear una epopeya sobre la fundación de Roma del nivel de los poemas homéricos, sino que, ya en la antigüedad, la composición de esta obra era concebida como una competición con Homero; recordando las palabras de Propercio:

cedite Romani scriptores, cedite Grai! Nescio quid maius nascitur Iliade (PROP., II 65).

[¡Abrid el paso, escritores romanos, abrid el paso, griegos! No sé qué cosa mayor que la *Ilíada* está naciendo]

Pero ¿cuál era la intención de Virgilio al escribir la obra? En muchas ocasiones el poema se ha visto reducido a un simple relato escrito con el propósito de enaltecer la figura de Augusto y el régimen que por aquel entonces el emperador estaba erigiendo.

A día de hoy, pocos investigadores mantienen esta noción de que la obra de Virgilio, y la de otros tantos autores de su tiempo estaba completamente sometida a los deseos y designios del emperador, dejando poco margen de actuación, o incluso podríamos decir libertad, a los poetas y escritores para la realización de sus obras, de las que Augusto ejercía como patrón (Galinsky, 1996: 244).

Para responder a esta cuestión es vital el análisis del poema épico de Virgilio en relación al poder imperial de Augusto y los valores que este promovía.

4.2. Análisis de los Libros I-XII

4.2.1. Libro I: *Fatum*

El primer libro de la *Eneida* da comienzo con la exposición de la ira de Juno sobre los troyanos y Eneas, pueblo que un día llegaría a derrotar a Cartago, que contaba con el favor de la diosa. En este poema, Virgilio relata la huida de Eneas y su tripulación de la ciudad de Troya a su caída ante los aqueos. Los fugitivos se ven desviados por Eolo, quien, al servicio de Juno, les intenta hacer naufragar. Es en este momento cuando interviene Neptuno, que al ser su dominio el mar, decide ayudarles y les hace llegar a las costas de Libia en dos grupos. Allí se le presenta a Eneas su madre, Venus, que le augura la grandeza a la que están destinados los troyanos tras haber conversado previamente con su padre, Júpiter, quien confirma los deseos de los hados:

*[...]Y allí la estirpe de Héctor reinará tres centenares de años
hasta el día en que Ilia, sacerdotisa real, amada del dios Marte,
dé a luz de un solo parto dos gemelos. luego Rómulo, ufano con su atuendo
de la rojiza piel de su loba nodriza, heredará el linaje y asentará los muros
de la ciudad de Marte y llamará a los suyos con su nombre, romanos.
no pongo a sus dominios límite en el espacio ni en el tiempo.
les he dado un imperio sin fronteras.[...]*

(VIR, *En.* I, 271-277)

Es en Cartago dónde Eneas conoce a la reina Dido, que, bajo las órdenes de Venus es condenada a enamorarse del héroe por una flecha de su hijo Cupido. El canto termina en el banquete, con la petición de Dido a Eneas de que relate los hechos acontecidos en la Guerra de Troya.

Este canto, el primero del poema épico de Virgilio da comienzo *in medias res*, es decir, con la acción ya comenzada y sin introducción previa, es por eso que al final y en el libro segundo, la historia requiere de una retrospectiva para explicar los sucesos ocurridos durante la caída de la ciudad de Troya.

El aspecto más trascendental de este poema es la profecía de Júpiter, que predice un devenir grandioso para la descendencia de Eneas y la ciudad que él fundará. Esta profecía, este *fatum*, abarca la «pseudohistoria» que los romanos aceptaban como canónica y verdadera, al fin y al cabo, la naturaleza divina de la ascendencia del patriciado romano ya estaba siendo fomentada por otros eruditos como Varrón, Ático, Higino, entre otros (Barbero, 2007: 7).

El discurso combina a la perfección la historia y el designo providencial divino en un coloquio que expresa una voluntad muy clara: la de un imperio poderoso sin ningún tipo de límite, como expresa Júpiter de manera literal en la cita seleccionada previamente (VIR, *En.* I, 276-277).

4.2.2. Libro II: El libro de Troya

Virgilio relata en el segundo libro de la *Eneida*, en boca de Eneas, la caída de Troya desde la entrada del caballo en la ciudad. El caballo es adentrado en la ciudad en contra de las advertencias del sacerdote de Neptuno, Laocoonte. Él sospecha del regalo y no confía en la pacífica retirada que parecen haber realizado los aqueos. Por ello, es asesinado junto a sus hijos por dos serpientes marinas.

Con la caída de la noche, los pocos aqueos que se habían ocultado en el caballo abren las puertas de la ciudad y dejan que el resto del ejército cruce las murallas, sometiendo la ciudad. Es en este momento cuando Héctor se presenta a Eneas en sueños, y le informa de que la ciudad ha caído; le insta a huir, salvando los Penates de Troya, confiando en que los portará a su nuevo destino:

[...]Los objetos de culto y sus Penates Troya te los confía.

Hazlos de tu destino compañeros. Búscalos el recinto, el gran recinto

Que al cabo fundarás después de andar errante por el mar».[...]

(VIR, *En.* II, 293-295)

Al despertarse, Eneas ve el caos en el que está sumido la ciudad y decide luchar y morir junto a sus compañeros. En el palacio ve morir al rey Príamo y a su hijo Polites, la escena le deja horrorizado y decide buscar a su familia para asegurar su seguridad.

Mientras va al encuentro de sus seres queridos, avista a Helena e intenta hacerle pagar por la miseria en la que se ha sumido su ciudad. En ese momento se le aparece su madre, Venus, que le señala que Helena no es la culpable de la guerra, sino los dioses. Esta le urge encontrar a su familia y Eneas finalmente consigue sacar a su padre Anquises y a su hijo Julo de la ciudad en llamas, pero al no haber encontrado a su mujer, regresa a Troya en su busca, hasta que la sombra de la difunta Creúsa se le presenta y le revela que está destinado a fundar un gran reino: Roma. Así que le apremia a que abandone la ciudad, ya vencida y sin esperanza, y a ella, ya que otra mujer será la designada para ser su consorte en el nuevo reino que Eneas ha de fundar:

[...]Largo exilio te espera.

Un dilatado espacio de mar has de surcar. Arribarás a Hesperia,

en donde el lidio Tíber entre fértiles tierras de labriegos

va fluyendo en la paz de su corriente. Allí te aguardan días de ventura,

un reino y una regia consorte dispuestos para ti.[...]

(VIR, *En.* II, 779-783)

Este libro de la *Eneida* es especialmente revelador, ya que sienta las *bases divinas* por las que se rige el poema de Virgilio: ¿Cómo interviene el destino –o *fatum*–, presentado en el primer canto de la obra, en la misión designada de fundar Roma? ¿Qué margen de decisión y autonomía tienen los personajes de la obra, en especial, Eneas?

Todas estas cuestiones se resuelven en este libro, que habitualmente se equipara con los libros VIII y XI, siendo con este último paralelo de manera quiástica (Coleiro, 1983: 90); y que ha sido identificado por los investigadores como una constatación del *fatum* por el cual la ciudad de Troya debía caer, y Eneas debía escapar de ella conservando sus Penates y sus *sacra*, imprescindibles para la cultura y religiosidad cotidiana romana que él ha de fundar (Carlón, 2016: 1). Este *fatum* que se propone en la obra participa de una concepción armónica del cosmos con una clara filiación estoica, según la cual podríamos señalar que hay un principio positivo rector de todas las cosas (Matthaei, 1917: 23).

Coleman (1982: 159) definió el *fatum* representado en la obra como un boceto general de los eventos ya delineado, pero en ningún caso están marcados los detalles de su curso y tempo, y por ello los hombres y los dioses tienen cierto margen de acción. Es interesante en este pasaje la muerte de Laocoonte a manos de dos serpientes marinas, ya que, aunque la caída de Troya se trata de un evento que tiene que ocurrir, ya que está designado por los hados, la sabiduría de Laocoonte podía retrasarlo (Block, 1984: 263), y por ello intervienen los dioses, para impedir un desvío o demora (Carlón, 2017: 4).

Por lo tanto, si bien hay algunos eventos convenidos que son inamovibles, la concepción del destino –o hado– que se muestra en la totalidad del poema deja cierto espacio para el ejercicio de la libertad o rebelión. Y es precisamente esta batalla entre lo inamovible –lo dictado por los hados– y la rebeldía humana o incluso divina –como es el caso de Juno intentando que Eneas no complete su destino– la tensión que atraviesa el poema de Virgilio, no solo en el Libro II, sino en toda la obra (Matthaei, 1917: 26).

El héroe, Eneas, debe escapar de Troya y asentarse en el Lacio, erigiendo lo que será Roma. Este, al formar parte de su destino, es un evento inevitable, pero el cuándo y en qué condiciones establecerá su reino no está designado, y por ello intervienen los factores disruptivos (o de apoyo) a la causa de la fundación de Roma en la obra.

4.2.3. Libro III: *Antiqua mater*

En el tercer canto de la *Eneida* prosigue el relato del viaje marítimo de Eneas al escapar de Troya. El héroe continúa su explicación de los hechos a la reina Dido y su corte, dándoles detalles sobre su desembarco en Tracia, dónde intentan, en vano, fundar una ciudad.

Eneas y su gente abandonan Tracia, reanudan su viaje y llegan a Delos, dónde descubren gracias al oráculo de Apolo que deben buscar la *antiqua mater*, la tierra de sus antepasados, donde deben fundar una nueva ciudad que ampare a las generaciones venideras. Anquises cree que la tierra a la que se refiere el oráculo es Creta, así que parten hacia la isla y fundan la ciudad de Pérgamo.

No consiguen arraigarse en esas tierras y los Penates, ordenados por Apolo, se le aparecen a Eneas en sueños para indicarle que Creta no es la tierra que le es destinada, así que deben lanzarse de nuevo al mar, hasta llegar al Lacio, dónde nació su antepasado Dárdano y fundar allí su asentamiento:

*[...]Hay un lugar llamado por los griegos Hesperia, tierra antigua,
Potente por sus armas y por su fértil gleba.
La habitaron enotrios. Ahora sus descendientes
Es fama que la llaman Italia por el nombre de su jefe.
Es ésa nuestra patria verdadera.[...]*

(VIR, *En.* III, 163-167)

Eneas prosigue con el relato de los lugares que recorre en su viaje antes de llegar a Cartago: las Estrófadas, Accio, el estrecho de Mesina, dónde se enfrentan a Escila y Caribdis, casi terminando diezmados por la segunda en un intento de evitar la primera. Después arriban a las costas de los cíclopes, donde recogen a Aqueménides, que los conduce a Trinacia, Ortigia y el puerto de Drépano, donde fallece Anquises.

Este libro ha sido identificado por los investigadores como el de peor calidad literaria ya que incluso se contradice en algunos hechos con el resto de los libros de la obra, por ejemplo, en la revelación explícita del destino final al que deben llegar los Troyanos, que en el resto de cantos se va revelando gradualmente mediante profecías que les van acercando al destino (Saunders, 1925: 88). Ello probablemente responda al hecho de que Virgilio falleció sin poder revisar la obra, que apenas fue alterada para su publicación.

4.2.4. Libro IV: Tragedia

El libro cuarto de la *Eneida* da comienzo con Dido sincerándose con su hermana Ana acerca de sus sentimientos hacia Eneas. Juno, que quiere mantener a Eneas lejos del Lacio, se une a Venus para intentar que este se enamore de Dido.

Eneas y Dido salen juntos de caza y una gran tormenta provoca que se refugien en una cueva, donde se unen en matrimonio. Júpiter interviene, enviando a Mercurio para que recuerde su destino a Eneas, que, al reconocer la importancia que recae sobre los hados, decide partir y dejar a Dido:

*[...]Si los hados me dejaran amoldar a mi gusto mi vida y resolver
mis desdichas conforme a mis deseos, mi primer cuidado
hubiera sido la ciudad de Troya y los queridos restos de los míos,
y quedaría en pie el soberbio palacio del rey Príamo
y hubiera alzado con mi mano una nueva Pérgamo a los vencidos.
Pero ahora Apolo me manda ir a la gran Italia,
a Italia me mandan los oráculos de Licia.
En ella centro mi amor; mi patria es ella.[...]*

(VIR, *En.* IV, 340-347)

Dido, desolada, decide suicidarse en una gran pira con las pertenencias de Eneas, a punto de morir, la reina clama por un vengador, haciendo clara alusión a Aníbal y las Guerras Púnicas:

*[...]¡Álzate de mis huesos,
tú, vengador, quien fueres, y arrolla a fuego y hierro a los colonos dárdanos,
ahora, en adelante, en cualquier tiempo que se os dé pujanza!
¡En guerra yo os conjuro, costa contra costa, olas contra olas,
armas contra armas, que haya guerra entre ellos
y que luchen los hijos de sus hijos! [...]*

(VIR, *En.* IV, 340-347)

Este canto es uno de los más dramáticos de la composición virgiliana, que inserta al lector en una tragedia amorosa (Tracy, 1946: 202) en medio de un poema con claros tintes nacionales (Cristóbal, Echave-Sustaeta, 2019: 235). En este poema, Eneas se desvía de su destino, fundar Roma, para pasar un tiempo con la reina Dido, pero de nuevo actúan los dioses para lograr el cumplimiento del *fatum* planteado desde el principio de la obra.

Es especialmente destacable el pasaje en el que Dido comete el suicidio e invoca su venganza en las figuras de sus descendientes, dotando de una especie de inevitabilidad a las Guerras Púnicas, los sangrientos enfrentamientos entre romanos y cartagineses, legitimando el enfrentamiento y las acciones de Roma contra Cartago.

4.2.5. Libro V: Reposo

El quinto canto de la *Eneida* retoma la acción inmediatamente después del final del cuarto, con Eneas viendo las llamas en la ciudad de Cartago, comprendiendo lo sucedido.

Prosiguen su viaje por mar, intentando llegar a la Península Itálica, pero siendo desviados a Sicilia por una tormenta. Allí se reúnen con el troyano Acestes, que los recibe de buen grado y, al cumplirse un año de la muerte del padre de Eneas, Anquises, este decide llevar a cabo sus funerales y unos juegos en honor al fallecido.

Paralelamente, Juno sigue interponiéndose en los planes de los troyanos, en esta ocasión, suscita a las mujeres troyanas, a través de la diosa Iris, que incendien las naves para no continuar con el viaje. Afortunadamente Julo consigue hacer entrar en razón a las mujeres, y Eneas implora a Júpiter, que les envía lluvia para apagar el fuego de las naves.

Los troyanos fundan en Sicilia la ciudad de Acestes, para los troyanos que no quieren continuar con el periplo, y Eneas, indeciso, recibe una visita de su padre Anquises, que le insta a llegar al Lacio, pero le señala que antes necesita pasar por el inframundo para que le dé más detalles sobre su *fatum*:

*[...]«¡Hijo, al que yo quería antes cuando vivía
 más que a mi misma vida, hijo mío, probado por los hados de Ilión,
 acudo a ti por orden de Júpiter, el que ha alejado el fuego de las naves
 y el que desde la altura se ha apiadado de ti! Obedece el consejo, el más certero,
 que ahora te da el anciano Nautes. Lleva contigo a Italia la flor de tus troyanos,
 los de más valeroso corazón. Tendrás que domeñar en Italia, combatiendo,
 a un pueblo indómito, de rudeza feroz».[...]*

(VIR, *En.* V, 724-730)

Este libro ha sido identificado como un pasaje de calma, e incluso de reposo después de la tragedia en Cartago, pero a la vez se trata de un pasaje de preparación para el descenso al infierno del siguiente canto, tan decisivo y revelador (Cristóbal, Echave-Sustaeta, 2019: 265).

4.2.6. Libro VI: *Descensus ad inferos*

En el sexto libro de la *Eneida*, los troyanos llegan a las playas de Cumas, donde Eneas escucha al oráculo de Apolo a través de la Sibila y este le revela cómo entrar al infierno; debe enterrar a un amigo hasta ahora insepulto y presentar una rama dorada a Caronte, el barquero.

Una vez Eneas manda realizar los funerales de Miseno, retorna a la cueva de la Sibila y esta le conduce al inframundo. Allí Eneas ve muchas almas conocidas, como Palinuro, que le pide que busque su cuerpo y le dé sepultura para poder cruzar el Aqueronte, o Dido, a la que pide disculpas sin respuesta por su parte.

Cruzan el inframundo pasando por el Tártaro y finalmente llegan a los Campos del Elisio. Allí Eneas se reencuentra con su padre Anquises, que le muestra el gran linaje que Eneas ha de engendrar, desde su hijo Silvio hasta César y Augusto, mostrando claramente el enaltecimiento de la *gens Iulia*:

[...]Ahora vuelve los ojos

*Y contempla a este pueblo, tus romanos. Éste es César, ésta es la numerosa
descendencia de Julio destinada a subir a la región que cubre el ancho cielo.*

Éste es, éste el que vienes oyendo tantas veces que te está prometido,

Augusto César, de divino origen, que fundará de nuevo la edad de oro

en los campos del Lacio[...]

(VIR, *En.* VI, 787-792)

El libro VI, supone para la obra la incursión de Eneas en el espacio religioso y el abandono definitivo de la nostalgia que pudiera albergar hacia su pueblo anterior, Troya. Su descenso al inframundo constituye una catábasis (Herrera, 2018: 7) en toda regla, un viaje al infierno y una posterior salida –anábasis– (González, 1999: 130) que suponen para el héroe una muerte simbólica al descender (Herrera, 2018: 7) y un auténtico resurgir, una proyección hacia lo etéreo al ascender (Eliade, 2001: 134).

La catábasis que realiza Eneas en este pasaje del poema se trata de uno de los versículos de mayor riqueza simbólica de toda la obra. Este marca el final absoluto de Troya y sienta la mirada de Eneas hacia Roma de manera definitiva.

En la parte más decisiva del poema, que puede leerse al completo en el Anexo 7.1., el alma de Anquises guía a su hijo por los Campos Elíseos con el objetivo de mostrarle lo que deparará a su raza. Reencontrarse con su padre y realizar este recorrido renueva sus fuerzas y da esperanzas a Eneas, que comienza a ver su complicada odisea como un viaje con propósito y sentido, ya que realmente hay una tierra que le aguarda a él y a su pueblo (Herrera, 2018: 8-9).

Anquises le presenta un gran número de almas, aun por nacer, a Eneas. Se trata de las almas de grandes héroes de Roma, muchos descendientes del linaje que Eneas ha de fundar. En este pasaje, el llamado *descensus ad inferos* de Eneas, se puede distinguir un claro uso de la prolepsis como eje configuracional del tiempo en la narración (Herrera, 2018: 11). Se intercalan de manera constante el pasado con el presente y el futuro, que se van integrando. Ello responde a la fusión de elementos anclados en el pasado con elementos que están en el porvenir, como son las almas de los fallecidos que habitan el inframundo que adquieren cierto carácter profético y guardan consigo sucesos ocultos para quienes se encuentran con vida (Felton, 2007: 97-98), y las almas que Anquises le señala a Eneas, que ni siquiera han visto su nacimiento todavía.

El desarrollo de esta acción se desarrolla de manera que es imposible no reconocer en la mayor parte del diálogo el futuro de Roma, especialmente la era que Virgilio vivió, la de César y Augusto. En ningún momento sigue el autor ningún tipo de secuencialidad histórica al describir este futuro, más bien se limita a señalar diferentes momentos de la historia de la ciudad sin orden cronológico que se presentan en un claro sentido legitimador del poder imperial.

Virgilio ensalza los hombres que describe y sus acciones, creando un auténtico mito nacional que se liga a la *gens* y al pueblo romano en general, presentando toda una serie de personajes ilustres que el pueblo era capaz de reconocer y sentir como suyos. Se trata de figuras destacadas que de alguna manera debían ser admiradas, con virtudes que trascendían el tiempo. Pero al ensalzar a estas figuras, no parece que el poeta pretendiera enaltecer los individuos, sino más bien lo contrario. De alguna manera Virgilio les glorifica como un conjunto, mostrando lo que el pueblo de Roma es capaz, y mostrando los ideales que el pueblo debía seguir (Herrera, 2008: 13-16).

Además, Virgilio no solo logra con este libro la incorporación de la *gens Iulia* en la historia mítica en si misma, sino que también contribuye a uno de los principales objetivos del mandato de Augusto, que era retomar y mantener los valores, tradiciones y ritos que la República defendía, los *mores maiorum*, que Augusto buscaba exaltar y utilizar como modelo de moralidad en su régimen político, social y religioso, como expresa Gowing (2005: 20):

“Virgil’s Aeneid, of course, not only established the divine credentials of the new regime, but also made space, specifically in Book 6 and on the Shield of Aeneas in Book 8, for a survey of memorable characters and moments from the Republic, all part of the ordained plan for Rome. Horace mines Republican history for themes and exempla; even Propertius (but not Tibullus) on occasion drew material from the Republican past. The present typically measures itself against the past. What distinguishes the recollection of the past during the Augustan period from the Republican, however, is the presence of the princeps. Indeed, it becomes seemingly impossible to talk about the heroes of the Republic without prompting, implicitly or explicitly, a comparison with the new emperor.”

De esta manera, Virgilio, por boca de Anquises, logra otorgar la potestad divina que Roma necesita para poder expandirse en un *imperium sine fine*, amparado en el *fatum* que se ve reflejado en los primeros libros de la obra, especialmente la profecía presentada por Júpiter a Venus en el primer libro y la representación del destino que aparece en el segundo. Legitima el régimen, vinculándolo directamente con los dioses, y justifica las acciones del imperio, dándole el derecho, sino el deber, de imponerse sobre el resto de pueblos, ya que así lo dicta el *fatum* y los mismísimos dioses:

[...]Tú, romano,

Recuerda tu misión: ir rigiendo los pueblos con tu mando. Estas serán tus artes:

Imponer leyes de paz, conceder tu favor a los humildes

Y abatir combatiendo a los soberbios».[...]

(VIR, *En.* VI, 850-853)

4.2.7. Libro VII: Patria

El libro VII de la *Eneida* narra la llegada de los troyanos al Lacio y Eneas traba alianza con el rey Latino, dueño de las tierras. Pero Juno prosigue con su plan de dificultar la misión de Eneas, así que envía a la furia Alecto para que siembre la discordia entre latinos y troyanos. La furia provoca que la mujer del rey Latino no quiera entregar la mano de su hija Lavinia a Eneas, y provoca a Turno, el anterior pretendiente, para que considere a Eneas un usurpador.

Este libro vuelve a ser un pasaje de calma, después del *descensus ad inferos*, aunque en él Virgilio rompe las esperanzas de los troyanos de lograr su objetivo mediante la paz y las alianzas (Cristóbal, Echave-Sustaeta, 2019: 337).

En el anterior canto, Eneas olvida definitivamente su anterior patria, Troya, para centrar sus objetivos en la ciudad que ha de fundar en el Lacio, este cambio de paradigma se ve reflejado en sus palabras al legar al Lacio con los Penates que rescató de Troya:

[...]«¡Salve, tierra que el hado me tenía reservada! Y vosotros también,

¡salve, fieles Penates de mi Troya! Éste es el paradero.

Aquí está nuestra patria[...]

(VIR, *En.* VII, 120-122)

Además, en este libro vuelven a reflejarse los tintes divinos del linaje de Eneas (y por consiguiente, de Augusto) ya que los embajadores que Eneas envía a hablar con el rey Latino describen a Eneas de la siguiente manera:

*[...]De Júpiter procede nuestra stirpe,
la juventud dardania se ufana de tener por abuelo
al mismo Júpiter, del augusto linaje de Júpiter proviene nuestro rey,
Eneas el troyano[...]*

(VIR, *En.* VII, 218-221)

El pasaje es interesante, ya que hasta el momento el linaje de Eneas se había remontado siempre a Venus, pero en este momento su pueblo le describe como descendiente directo del mismísimo Júpiter, divinidad suprema no solo entre los hombres, sino entre los dioses. En consecuencia, el fragmento señalado no solo liga a Eneas con el rey de los dioses, sino a toda su descendencia, que incluye al emperador Augusto.

4.2.8. Libro VIII: Roma antes de Roma

En el Libro VIII del poema, Tiberino, el dios del río Tíber, se le presenta a Eneas en sueños y le insta a buscar alianzas entre los palanteos y le señala que ha llegado a su destino designado:

*[...]«¡Vástago de la stirpe de los dioses, que nos devuelves la ciudad de Troya
de manos enemigas, tú, custodio de la Pérgamo eterna,
el esperado del solar Laurentino y los campos del Lacio,
aquí tienes la morada asignada, aquí están a seguro
tus dioses hogareños![...]*

(VIR, *En.* VIII, 36-40)

Al llegar Eneas trata con el rey Evandro y este accede a labrar una alianza con los dárdanos. Paralelamente, Venus solicita a Vulcano que forje un conjunto de armas para su hijo Eneas, que más adelante le entrega ella personalmente: un yelmo, una coraza, una lanza y un escudo con los mayores logros de Roma que aún no han ocurrido forjados en él:

[...]Pues el señor del fuego, que sabe de presagios de adivinos,
 a quien no se le oculta el porvenir, había labrado en él la historia
 de Italia y los triunfos de Roma. Estaba allí toda la descendencia
 del linaje de Ascanio y las guerras que había sostenido una por una.[...]

(VIR, *En.* VIII, 626-629)

El octavo canto de la *Eneida* se ha equiparado en muchos sentidos al segundo libro, como mencionaba previamente. La destrucción de Troya en el segundo canto contrasta poderosamente con la mirada de Eneas hacia su grandioso futuro, que ya se vaticinó en el sexto canto, pero que se refuerza aún más en la contemplación del escudo que su madre le regala.

Otro fuerte contraste también es el paralelismo que se establece entre Héctor presentándosele a Eneas en sueños e instándole a huir en oposición al dios Tiberino presentándosele a Eneas de la misma manera en el presente libro a analizar, pero para instarle a que se quede, ya que es su destino designado (Cristóbal, 1993: 65).

Pero sin lugar a dudas el mayor contrapunto entre los cantos es el cuadro final de ambos. El segundo nos muestra a Eneas cargando con su padre, un acto que se puede interpretar como que el héroe carga con su pasado, mientras que el octavo libro nos presenta a Eneas cargando con el escudo en el que figura su poderosa descendencia, cargando con su futuro y las hazañas y destino que a este le deparan (Perret, 1967: 121).

Además, este octavo libro constituye, junto el ya analizado sexto, una auténtica prospección hacia la grandeza de Roma, acabando de consolidar esa idea y descendencia planteadas en el *descensus ad inferos* del sexto canto. El relato (que puede leerse en el Anexo 7.2.) despliega, de nuevo, todo un conjunto de ilustres figuras y acontecimientos que todavía están porvenir, y que Eneas, aun siendo desconocedor de los hechos, contempla asombrado:

[...]Eneas asombrado contempla estas escenas del broquel de Vulcano, don materno.

Desconoce los hechos, pero goza mirando las figuras

Y carga a sus espaldas la gloria y los destinos de sus nietos. [...]

(VIR, *En.* VIII, 729-730)

En este caso no se presentan estos hechos en boca de ningún guía, como ocurría en el inframundo con Anquises, sino que la identificación de las acciones y personajes recaen en el propio poeta, que presenta los sucesos como de conocimiento universal y objetivo (Barbero, 2007: 11), y el lector, que debe reconocerlos y comprender su importancia.

Los acontecimientos representados en el escudo que Vulcano le forja a Eneas van desde una descripción de la loba amamantando a Rómulo y Remo, pasando por el rapto de las Sabinas, el castigo de Meto, entre otros muchos pasajes, que giran en torno a la batalla de Accio, representada en el centro, y la figura de Augusto, marcada por atributos que resaltan su divinidad:

[...]A un lado Augusto César lleva a Italia al combate, senadores y pueblo con sus Penates y sus grandes dioses. Está en pie sobre lo alto de la popa.

Brota doble haz de llamas de sus radiantes sienes y sobre su cabeza

resplandece la estrella de su padre.[...]

(VIR, *En.* VIII, 678-681)

4.2.9. Libro IX: Niso y Euríalo

El libro IX es el primero de los cuatro libros bélicos con los que termina el poema de Virgilio, en él, el autor relata el ataque de Turno, alentado por Juno, al campamento troyano aprovechando la ausencia de Eneas. El ataque no resulta efectivo, ya que Turno, confiado, manda a sus tropas descansar.

Mientras los rútilos restan, dos soldados van en busca de Eneas, iniciando una sangrienta batalla y pereciendo en el camino. Durante el siguiente enfrentamiento, Julio, con el apoyo del dios Apolo, da muerte a Numano, pero Turno consigue escapar.

[...]«Date por satisfecho, hijo de Eneas,
 con haber derribado con tu flecha a Numano sin daño por tu parte.
 el gran Apolo te ha deparado esta primera gloria. No se siente celoso
 de tus armas, que igualan a las suyas.[...]

(VIR, *En.* IX, 652-655)

Este noveno canto de la *Eneida* gira en torno a la tragedia de Niso y Euríalo principalmente, los dos muchachos troyanos que se insertan entre las tropas rútilas para avisar a Eneas y que no logran sobrevivir. Algunos investigadores han señalado este pasaje como un versículo algo independiente del resto del poema virgiliano (Richardson, 1938: 140) y han señalado que la acción de Niso y Euríalo está completamente desligada de las influencias divinas que marcan la totalidad del poema (Duckworth, 1967: 137).

4.2.10. Libro X: *Furor*

El décimo libro de la *Eneida* da comienzo con una asamblea entre los Dioses del Olimpo, que deben decidir qué hacer con el enfrentamiento entre troyanos y latinos. Júpiter decide mantenerse al margen de la batalla, y prohíbe al resto de dioses que se inmiscuyan también, augurando que, en el futuro, sí que llegará el tiempo para la guerra, haciendo alusión directa a las Guerras Púnicas y a Aníbal:

[...]A su hora llegará el tiempo convenido de la guerra,
 –no hagáis que se adelante– aquel en que la furia de Cartago,
 franqueando los Alpes, causará a los baluartes de Roma inmensa ruina.
 Entonces será tiempo de competir en odios, entonces hora de arrasarlo todo.[...]

(VIR, *En.* X, 11-14)

Durante el enfrentamiento, Palante, el hijo de Evandro, a quien Eneas había adoptado como aliado, es asesinado por Turno, quien, además, toma algunas de sus pertenencias. Esta muerte provoca la ira de Eneas, un *furor* que salda con muchas muertes en el bando latino, entre ellos Mecencio y su hijo Lauso. Mientras tanto, Juno interviene para salvar a Turno.

Este libro recuerda, en gran medida, a la furia de Aquiles representada en la *Ilíada*, y nos augura, una vez más, el enfrentamiento entre cartagineses y romanos, justificando, de nuevo la confrontación y las acciones romanas, ya que al ser una rivalidad designada por los hados, no pueden evitar la pugna.

4.2.11. Libro XI: Paz en la guerra

El undécimo libro de la *Eneida* reanuda la acción inmediatamente después del décimo, y dentro de una pequeña tregua en la lucha para que ambos bandos entierren a sus muertos, Eneas envía el cadáver de Palante a su padre Evandro, que decide no retirar su apoyo a los troyanos. La contienda vuelve a desatarse hasta que cae la noche, esta vez saldándose con la muerte de la reina Camila y la huida de los rútuos, excepto Turno, que no abandona el campo de batalla.

Este canto es paralelo quíasticamente con el segundo canto, donde los troyanos, con Júpiter en su contra, luchan en vano contra los griegos; mientras que en el presente libro los troyanos luchan contra los latinos, contando con el apoyo de Júpiter y venciendo (Cristóbal, 1993: 61).

Es especialmente destacable en este undécimo canto el pasaje de la embajada de paz que envían los latinos a Eneas y como él responde que no busca el enfrentamiento ni la guerra, ya que esas tierras ya están designadas para él y se están causando muertes en vano:

[...]Accede humano Eneas a su ruego. No puede desecharlo y les da lo que piden

Y añade a su merced estas palabras:

«Pero, ¿qué odioso azar os ha envuelto, latinos,

en esta horrible guerra, y os hace rechazar nuestra amistad?

¿Pedís de mí la paz para los muertos, víctimas del azar de la batalla?

A gusto os la daría también por los vivos. No he venido a estas tierras

sin que el hado me fijara primero lugar

donde asentarme ni lucho con sus pueblos.

Vuestro rey ha sido quien dejó nuestra alianza. Ha preferido

*confiar en las armas de Turno. Más justo hubiera sido que Turno
se expusiera en persona a la muerte. Si piensa terminar esta guerra por la fuerza
y expulsar a los teucros de sus tierras,
debía haber cruzado sus armas con las mías.
Seguiría viviendo aquel a quien el cielo y la pujanza de su brazo
le otorgara la vida. Id y dad a las llamas los cadáveres de vuestros desgraciados
compañeros.[...]*

(VIR, En. XI, 106-120)

4.2.12. Libro XII: Duelo

El libro final de la epopeya de Virgilio se centra principalmente en el duelo entre Turno y Eneas y, paralelamente, resulta muy revelador un coloquio entre Júpiter y Juno en el que el dios conversa con su esposa sobre sus continuas intromisiones en el destino de Eneas, dejando constancia de que no hay nada que se pueda hacer para evitar lo que los hados aguardan para él:

*[...]Lo sabes y tú misma confiesas que lo sabes, que a Eneas lo reclama el cielo
Como a un dios de esta tierra y los hados lo encumbran a los astros[...]*

(VIR, En. XII, 794-795)

Finalmente, la diosa cede y deja que el destino siga su curso sin más intercepciones por su parte, pero a cambio le pide a Júpiter que los troyanos pierdan su nombre y queden todos los pueblos del Lacio amparados bajo el término *latinos*.

*[...]Los ausonios conservarán la lengua y las costumbres de sus padres.
El mismo que ahora tienen ése será su nombre.
Los teucros mezclándose con ellos
quedarán absorbidos por su raza. Añadiré
las leyes y los ritos sagrados de los teucros
y haré que todos sean latinos de una lengua. Surgirá de esta unión una raza*

*mezclada con la sangre de Italia que verás aventaja a los hombres
y aventaja a los dioses en piedad y no habrá pueblo alguno
que le iguale en honrarte».[...]*

(VIR, *En.* XII, 832-840)

Eneas mata a Turno al ver que carga con algunas de las posesiones del fallecido Palante, a pesar de que ruega por su vida, implorándole clemencia. Ello responde a que, aunque Eneas va a la guerra obligado, ofrece frecuentemente la paz, y acepta el duelo con Turno en combate singular a pesar de tener la ventaja en el campo de batalla y podría, finalmente, haberle perdonado la vida, la muerte de Turno estaba predestinada y cumple una fuerza mayor, el deseo de los hados de fundamentar una paz universal para el bienestar común (Montenegro, 1950: 21).

4.3. La *Eneida* de Virgilio: ¿Epopéya romana o epopéya augústea?

Sin duda, el elemento más debatido e investigado acerca de la obra maestra de Virgilio es su intención y su efecto sobre el régimen político del emperador Augusto, que llevó a Roma a su máximo exponente político, geográfico y cultural, concentrando la autoridad en sus propias manos mientras mantenía una apariencia de claros valores tradicionales republicanos (Grimal, 1999: 12-13).

Es evidente que la *Eneida* incluye obvios tintes nacionales que exaltan el poder político de Roma, especialmente en sus cantos centrales. Como se explicaba previamente, la epopéya podría dividirse en dos partes por su temática; una primera parte (libros I-VI) que se basa principalmente en la *Odisea* y una segunda parte (libros VII-XII) que toma su inspiración de la *Ilíada*, ambos poemas homéricos.

Pero no solo encontramos esta distinción, si no que muchos autores apuntan también a un claro tinte troyano de la primera parte en contraposición a un tinte romano de la segunda; habiéndose analizado los cantos del poema de manera individual, es fácil ver que este cambio de sentimiento nacional en el protagonista, pero también en la obra, se intensifica a partir del sexto canto, con el descenso al inframundo de Eneas. Ambas ciudades, Troya y Roma, suponen para la obra el pasado y el futuro; sin llegar ser ninguna de las dos reales en el poema, ya que una desaparece antes de que empiece la acción y la

otra aun ha de ser fundada al final de esta. Ambas responden a objeto de evocación, ya sea retrospectiva o prospectiva (Cristóbal, 1999: 60-65).

Otros autores, como Duckworth (1967: 142) o Pöschl (1950: 280) identificaban en el poema épico tres partes, aislando los cantos centrales que evocan claramente la estirpe o *gens Iulia* del resto de la obra. La primera parte constituiría los libros I-IV, la segunda incluiría los libros V-VIII y la última incluiría del IX al último, el XII.

De una forma u otra, los pasajes más decisivos para el objeto de estudio constituyen esta parte central del poema, que incluye la visita de Eneas al inframundo y la entrega de las armas por parte de Venus, ambos pasajes cargados de una gran simbología, no solo de exaltación augústea si no de exaltación nacional romana en general.

No hay en la *Eneida* ninguna referencia que incluya a César o Augusto que no les divinice de manera directa o indirecta, la obra siempre alude a ese origen divino de la *gens*; a Eneas como hijo de Venus o incluso como nieto de Júpiter. También queda patente en el poema que Eneas no es abandonado por los dioses ni un solo instante de su viaje y posterior gesta; el *fatum* determina su misión, que incluye fundar una ciudad en el Lacio y una *gens*, la *Iulia*, bajo la cual Roma será soberana del mundo y fundadora de un imperio sin fin (Montenegro, 1950: 12-14).

Este deber de Eneas y de Roma, el de imponerse al resto de poblados y culturas, amparándolos bajo su dominio, es legitimado en la obra constantemente, desde el primer canto hasta el último. Todas las batallas, en especial las Guerras Púnicas, están establecidas por los hados y justificadas en la obra (Herrera, 2018: 11).

Mientras la historia señala a Roma como conquistadora, la *Eneida* la señala como fundadora. Fundadora de una hermandad eterna, donde todos los pueblos, independientemente de su raza, tendrían cabida. El poema virgiliano identifica los períodos de guerra como etapas pasajeras necesarias para lograr el fin que augura el *fatum*. El fin de crear un gran imperio, pese a que nunca muestra a Roma como beneficiara de estas conquistas, si no que son los pueblos integrados en el *imperium* los que se beneficiarían, compartiendo los derechos e igualdad romanos.

De este modo, Roma no tiene otro destino que someter y gobernar por encima del resto de pueblos, estando exaltada como este principio de comunidad; su gloria basándose en ser la precursora de esta comunidad nacional unificada (Montenegro, 1950: 12).

Considerar la *Eneida* una epopeya meramente al servicio de la ideología augústea, con las cualidades peyorativas que recaen en un texto propagandístico, es, en cierta medida, desconocer los innegables valores literarios y la genialidad de la obra. Estando concebida, claro está, dentro de la concepción romana, pero sin dejar de influir en esta ideología en construcción, sostenedora del nuevo estado (Barbero, 2007: 6-15).

5. CONCLUSIONES

Si bien es un hecho probado que Augusto solicitó la redacción de una epopeya a Virgilio, y que, en ocasiones, la obra se ha rebajado a propaganda imperial, queda más que constatado que este poema épico es mucho más que una obra al servicio de una ideología, en este caso el ideario de Augusto, que deseaba fundar un nuevo régimen en torno a la idea de *imperium*, apoyándose, principalmente, en un supuesto origen sobrenatural de su poder.

Vemos reflejado este deseo en la obra, desde la grandeza que auguran para la *gens* que Eneas engendrará, a la figura de Augusto apareciendo con las sienes en llamas o la equiparación de la figura imperial con héroes míticos como Hércules o Rómulo.

Virgilio otorga al discurso relatado en la *Eneida* una función etiológica, a partir de un contexto claramente mítico-religioso que justifica la praxis social romana, aventado todo intento de modificación o reforma, mediante la exaltación y conversión de la memoria romana en un relato que denota un aire sacralidad con importante valor ideológico, racional y emotivo para la identidad romana en su conjunto social (Barbero, 2007: 6-15).

Fue la propia sociedad romana la que aceptó los mitos y fábulas desarrolladas en esta obra y otras del siglo de Augusto, de manera completamente paralela a las aspiraciones de la dinastía julio-claudia o los propios deseos del emperador, que quería dotar a su poder de una áurea trascendente y divina. Es evidente que la obra de Virgilio, y en concreto la figura de Eneas, dejaron huella en la sociedad romana porque cumplían una importante función, no solo como transmisores de determinados valores morales e ideológicos sino como representantes de una nueva identidad romana, un nuevo patriotismo, forjado en el nuevo marco geográfico que imponía el *imperium* (Herrera, 2018: 13).

En este contexto, la historia se justifica por el mito, aunque el mito recurre a la historia para complementar su sentido último.

De esta manera influye también Virgilio en la sociedad que le acoge; innegable es su «augustanismo», pero este no es una simple consecuencia de sus relaciones con el emperador; todos los poetas de este magnífico período estaban dotados de su propia mente, deseos y voluntades, que influían en sus obras tanto como el período en el que las gestaron, un período marcado por la ascensión del *imperator* y el establecimiento de la *pax Augusta*. Son, pues, poetas augústeos porque vivieron en su tiempo, y su poesía es respuesta al tiempo que vivieron, con sus propias perspectivas (Galinsky, 1996: 246).

En la épica virgiliana, la historia gira en torno al héroe Eneas «el fundador», y no gira en torno a Augusto, al que podríamos considerar «el apogeo»; vemos a Roma desde la perspectiva de sus inicios, con un futuro brillante, sí, pero que aún queda en el porvenir. Por lo tanto, es correcta la afirmación de que el énfasis de la obra de Virgilio está en el viaje y no en el destino final de este, aunque sin duda lo ensalza y liga al *fatum* dictaminado por los dioses.

De esta manera, la *Eneida* de Virgilio constituye el mayor poema épico de la antigüedad romana, un poema que, sin duda, recibe numerosas influencias del tiempo en el que fue gestado y la ideología del momento, pero es absurdo considerar que poetas como Virgilio simplemente reflejaron el espíritu de su tiempo; debemos considerar que la situación fue más bien a la inversa y asumir que, Virgilio y el resto de poetas ayudaron a moldear este espíritu nacional romano tanto como el mismísimo emperador Augusto, podríamos, de hecho, determinar que la era de Augusto bien podría ser llamada, y con propiedad, la era de Virgilio (Galinsky, 1996: 344).

6. BIBLIOGRAFÍA

6.1. Bibliografía de autores clásicos

Horacio, *Sátiras*, Buenos Aires, Losada, 2016

Ovidio, *Arte de Amar*, Madrid, Hiperión Ediciones, 1999.

Ovidio, *Tristes* (trad. J. González Vázquez), Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1992.

Propercio, *Elegías* (trad. Antonio Ramírez de Verger), Barcelona, Biblioteca Clásica Gredos, 2018.

Seneca el Viejo, *Controversias I-V* (trad. Esther Artigas, Alejandra De Riquer, Olga Álvarez, José Javier Iso, José L. Moralejo), Barcelona, Biblioteca Clásica Gredos, 2018.

Tácito, *Anales I-VI* (trad. José L. Moralejo), Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1991.

Virgilio, *Bucólicas. Geórgicas. Apéndice virgiliano* (trad. Tomás De La Ascensión, Arturo Soler, José Luis Vidal), Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1990.

Virgilio, *Eneida* (trad. Vicente Cristóbal y Javier de Echave-Sustaeta), Barcelona, Biblioteca Clásica Gredos, 2019.

6.2. Bibliografía de autores contemporáneos

ALFÖLDY, G. (2012). *Nueva Historia de Roma*, Sevilla, Universidad de Sevilla

BARBERO, S. (2007). “El escudo de Eneas y la sacralización del poder de Augusto en la Eneida.” en *XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, San Miguel de Tucumán, Universidad de Tucumán, pp. 3-17.

BLOCK, E. (1984). *The Effects of Divine Manifestation on the Reader's Perspective in Vergil's Aeneid*, Salem.

CARLÓN, R. (2017). “La serpiente y el *fatum* en el libro II de *Eneida* de Virgilio” en *VII Jornadas de Estudios Clásicos y Medievales*, La Plata, pp. 1-10.

COLEMAN, R. (1982). “Los dioses en la *Eneida*” *Grecia y Roma* 19.2., pp. 143-168.

CRISTÓBAL, V. (1993). “Virgilio, Troya, Roma y Eneas” *Polis* 5, pp. 59-72.

CRISTÓBAL, V. ECHAVE-SUSAETA, J. (2019). “Introducción” en *Eneida*, Barcelona, Editorial Clásica Gredos. pp, 12-133.

DIHLE, A. (1994). *Greek and Latin Literature of the Roman Empire: From Augustus To Justinian*, Londres, Routledge.

DUCKWORTH, G. E. (1967). “The Significance of Nisus and Euryalus for Aeneid IX-XII” *The American Journal of Philology*, 88 (2), pp. 129-150.

ELIADE, M. (2001). *Nacimiento y renacimiento. El significado de la iniciación en la cultura humana*. Barcelona, Kairós.

FELTON, D. (2007). “The Dead” en *A Companion to Greek Religion*. Oxford, Blackwell, pp. 86-99.

FRANK, T. (1930). *What do we know about Vergil?*, Baltimore, John Hopkins University.

GALINSKY, K. (1996). *Augustan Culture. An interpretative introduction*, Princeton, Princeton University Press.

GONZÁLEZ, P. (1999). “Catábasis y Resurrección” *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Antigua – Serie II.*, Madrid, pp. 129-179.

GOWING, A. M. (2005). *Empire and Memory. The representation of the Roman Republic in Imperial Culture*. Cambridge, Cambridge University Press.

GRIMAL, P. (1999). *El segle d’August*, Barcelona, Edicions 1984.

GRIMAL, P. (2000). *El Imperio Romano*, Barcelona, Editorial Crítica.

HERRERA, M. (2018). “El *descensus ad inferos* en La Eneida: muerte simbólica de Eneas y legitimación de Augusto”, Universidad de Costa Rica, pp. 4-18.

MATTHAEI, L. E. (1917). “The Fates, the Gods, and the Freedom of Man’s Will in the Aeneid” *Classical Quarterly*, 11, pp. 11-26.

MARTINDALE, C. (ed.) (1997). *The Cambridge Companion to Virgil*, Cambridge, Cambridge University Press.

MONTENEGRO, A. (1950). “La política de Estado Universal en César y Augusto a través de la Eneida de Virgilio” *Revista de Estudios Políticos* 53, pp. 57-97.

NAUMANN, H. (1981). *Was wissen wir von Vergils Leben?* en *Der altsprachliche Unterricht*, 24.

- PERRET, J. (1967). "Optimisme et Tragédie dans l'Énéide", *REL* 45, pp. 342-362.
- PÖSCHL, V. (1950) "Die Dichtkunst Virgils. Bild und Symbol in der Äneis" *The Journal of Roman Studies* 42, pp. 134-137.
- RAMAGE, E.S. (1987). "The nature and Purpose of Augustus "Res Gestae" *Historia* 54, pp. 38-104.
- RICHARDSON, L.J.D. (1938). "A New Version Of The Aeneid" *The Classical Review* 52 (6), pp. 226-227.
- SAUNDERS, C. (1925). "The Relation of Aeneid III. To the Rest of the Poem" *Classical Quarterly*, 19 (2), pp. 85-91
- TRACY, H. L. (1946). "Aeneid IV: Tragedy or Melodrama?" *The Classical Journal*, 41 (5), pp. 109-202.
- VELAZA, J. (2018) "Mantua me genuit: Génesis, datación y modelos epigráficos del "autoepitafio" de Virgilio" en *Miscellanea philologica et epigraphica Marco Mayer oblata*, Barcelona, pp. 875-892.
- VIDAL, J. L. (1990). "Fuentes para la reconstrucción de la vida de Virgilio" en *Bucólicas, Geórgicas, Apéndice Virgiliano*, Barcelona, Biblioteca Clásica Gredos, pp. 3-65.

7. ANEXOS

7.1. *Descensus ad inferos*

EL SOTO DEL LETEO. ENCUENTRO DE PADRE E HIJO

Estaba a la sazón su padre Anquises en el fondo de un valle verdegueante,
afanado en pasar revista pensativo a unas almas
encerradas allí, que un día subirían a gozar de la luz.

Entonces casualmente recontaba todos sus descendientes,
los que serían sus amados nietos. Pensaba en su destino,
en su fortuna, en sus personas, en sus lances de guerra.

Al punto en que vio a Eneas avanzando a su encuentro sobre el césped
tendió a él enardecido sus dos manos, inundadas en llanto las mejillas,
y prorrumpió en un grito: «¡Has venido por fin! Tu amor filial
en que tu padre tenía puesta el alma, triunfó de los rigores del camino.

Me es dado ver tu rostro, hijo, y oír tu voz que conozco tan bien y hablar contigo.

Sí, mi alma lo esperaba. Me imaginaba que habías de venir y contaba los días.

No me engañó mi afán. ¿Qué tierras, qué anchos mares has cruzado
antes de que pudiera yo acogerte? ¿Qué riesgos, hijo mío, has arrostrado?
¡Cuánto temí que el poderío de Libia te llegara a dañar!»

Pero él: «Tu imagen, padre, tu entristecida imagen,
que acudía a mi mente tantas veces, me ha impelido
a este umbral. Anclada está la flota en aguas del Tirreno.

Dame a estrechar tu mano, padre mío, y no esquive tu cuello mis abrazos».

Diciendo esto, las lágrimas le iban regando el rostro en larga vena.

Tres veces porfió en rodearle el cuello con sus brazos
y tres veces la sombra asida en vano se le fue de las manos

lo mismo que aura leve, en todo parecida a un sueño alado.

En esto, avista Eneas en un valle apartado un bosque solitario,
resonante su fronda de susurros, y ve el río Leteo que fluye por delante
de aquel lugar de paz. En torno a su corriente revolaban las almas
de tribus y de pueblos incontables, como por las praderas en el claro sosiego
del estío las abejas van posando su vuelo en cada flor y se derraman
en torno a la blancura de los lirios. Resuena su zumbido
por toda la campiña. Eneas a su vista inesperada, ignorando lo que es,
pregunta por su causa, qué río es el que tiene allí delante
y quiénes son aquellos que llenan apiñados sus riberas.

A esto su padre Anquises: «Son las almas
a que destina el hado a vivir otra vez en nuevos cuerpos.

A orillas del Leteo están bebiendo el agua que libra de cuidados
e infunde pleno olvido del pasado. Por cierto que hace tiempo
estaba deseando hablarte de ellos, mostrarlos a tu vista
y recontar la serie completa de los míos para que todavía te alegres más conmigo
de haber llegado a Italia». «Pero, ¿es posible, padre, creer que hay almas
que remonten el vuelo desde ahí hasta la altura de la tierra
y vuelvan otra vez a la torpe envoltura de los cuerpos?

¿A qué ese loco afán de los desventurados por volver a la luz?»

«Te lo voy a aclarar, no te tendré suspenso, hijo» —replica Anquises—.

Y le revela todos los secretos por su orden.

«Ante todo sustenta cielo y tierra y los líquidos llanos
y el luminoso globo de la luna y los titánicos astros

un espíritu interno y un alma que penetra cada parte
y que pone su mole en movimiento y se infunde en su fábrica imponente.
En él tienen su origen los hombres y los brutos y las aves
y cuantos monstruos cría el mar bajo su lámina de mármol.
Conservan estos gérmenes de vida ígneo vigor de su celeste origen
en tanto no les traba la impureza del cuerpo ni embota su terrena ligadura,
y sus miembros destinados a la muerte.
De aquí nace en las almas su temor y ansiedad,
sus duelos y sus gozos. Encerradas en las tinieblas de su ciega cárcel,
no logran percibir las libres auras. Ni aun el día postrero,
cuando la vida ha abandonado el cuerpo, alejan todo el mal de sí los desgraciados
ni todas las escorias de la carne. Y es forzoso que muchas por misteriosa traza perduren
arraigadas en lo hondo de las almas.
Por eso las someten a castigos con que pagan las penas de las culpas pasadas.
Unas penden tendidas al soplo inconsistente de los vientos,
otras lavan la mancha de su culpa abajo,
en el enorme regolfo borboteante, otras se purifican por el fuego.
Cada uno de nosotros sufre su expiación entre los muertos.
Después se nos envía allá, a través del espacioso Elisio.
Pero pocos logramos permanecer en los rientes campos.
Sólo el lapso de días y de días,
cuando el ciclo del tiempo está cumplido,
acaba por borrar la mancha inveterada y vuelve a su pureza del etéreo principio
y la centella de impoluta lumbre. A todas esas almas,

cuando gira la rueda del tiempo un millar de años,
llama un dios en nutrido tropel a orillas del Leteo,
por que, perdido todo recuerdo del pasado, tomen a ver la bóveda celeste
y comience a aflorar en ellas el deseo de volver a los cuerpos».
Deja de hablar Anquises y va llevando a su hijo
a una con la Sibila hasta el centro
de aquella densa turba vocinglera, y ocupa un altozano para tomar de frente
la larga hilera de héroes y conocer sus rostros según pasan.
«Ahora ven, te haré ver qué gloria le reserva el porvenir
al linaje de Dárdano, qué traza de herederos itálicos te aguardan
y las almas ilustres que han de llevar un día nuestro nombre.
Te voy a revelar tu destino.
Aquel joven, ¿lo ves? —va apoyado en su lanza sin hierro—
que la suerte ha emplazado más cercano a la luz, será el primero
en subir a las auras de la altura llevando ya mezclada sangre itálica.
Es Silvio, nombre albano, hijo tuyo postrero
que te dará tu esposa Lavinia, don tardío,
avanzada tu edad, y criará en los bosques, rey y padre de reyes.
Nuestra raza por él mandará en Alba Longa.
El que le sigue de cerca es Procas, gloria de la nación troyana.
Y Capis y Númitor, que renovará tu nombre, Silvio Eneas,
excelso como tú por la piedad de su alma y por las armas
si llegara a ganar un día el trono de Alba.
¡Qué mozos! ¡Míralos! ¡Cómo resalta en ellos su pujanza

y cómo llevan sombreadas sus sienes de hojas de encina cívica!

Éstos te fundarán Nomento, Gabios, la ciudad de Fidenó

y en lo alto de los montes alzarán el alcázar Colatino

y Pomecios y el castillo de Inuo y Bola y Cora.

Así se llamarán esas ciudades que hoy son tierra sin nombre.

Mira también a aquél, Rómulo, hijo de Marte,

que se unirá a su abuelo y seguirá a su lado,

a quien Ilia, su madre, dará vida de la sangre de Asáraco.

¿Ves cómo el doble airón se alza en su frente,

y cómo le designa desde ahora con su emblema

su padre para el mundo de allá arriba? ¡Mira, hijo, con su auspicio

aquella Roma extenderá gloriosa su dominio a los lindes de la tierra

y su ánimo a la altura del Olimpo! Y cercará de un muro sus siete ciudadelas,

gozosa con su prole de héroes.

Tal la diosa del monte Berecinto recorre coronada

de torres las ciudades de Frigia en su carroza, ufana de su prole de dioses,

estrechando en sus brazos a cien nietos, todos ellos divinos,

todos ellos moradores de la celeste altura. Ahora vuelve los ojos

y contempla a este pueblo, tus romanos. Éste es César, ésta es la numerosa

descendencia de Julio destinada a subir a la región que cubre el ancho cielo.

Éste es, éste el que vienes oyendo tantas veces que te está prometido,

Augusto César, de divino origen, que fundará de nuevo la edad de oro

en los campos del Lacio en que Saturno reinó un día

y extenderá su imperio hasta los garamantes y los indios,

a la tierra que yace más allá de los astros, allende los caminos
que en su curso del año el sol recorre, en donde Atlante,
el portador del cielo, hace girar en sus hombros la bóveda celeste
tachonada de estrellas rutilantes. Ya ahora ante su llegada empavorecen
oráculos divinos el reino del mar Caspio y la región del lago Meotis
Los repliegues de las siete bocas del Nilo se estremecen de terror.
Ni Alcides en verdad anduvo tantas tierras aun cuando su saeta
clavó en la cierva de los pies de bronce y devolvió la paz al bosque de Erimanto,
y conmovió con su arco la laguna de Lema. Ni el que guía su carro
con sus riendas de pámpanos, Libero victorioso,
cuando baja de la cresta cimera del Nisa domeñando sus tigres.
¿Y dudamos todavía en desplegar nuestro valor luchando,
y va a impedir el miedo que asentemos la planta en tierra ausonia?
Pero, ¿quién es aquel que veo allí a lo lejos coronado de olivo?
Va llevando en sus manos los objetos de culto. Reconozco por sus cabellos y la blanca
barba al rey romano, aquel que llamado desde su parva Cures y de su pobre tierra
a un poderoso mando, ha de basar en leyes la incipiente ciudad.
El que le seguirá vendrá a turbar los días de sosiego de su patria,
Tulo, que alzaré en armas a su pueblo enmollecido, perdida la costumbre
de marchar en formación guerrera a la victoria.
Anco viene tras él un tanto jactancioso,
ufano en demasía del favor popular ya desde ahora.
¿Quieres ver además a los reyes Tarquinius
y la altiva alma de Bruto, el vengador, y los fascas recobrados por él?
Será el primero que reciba el poder consular

y las hachas crueles. Y el padre que a sus hijos,
por afanarse en reavivar la guerra,
someterá a la muerte en nombre de la hermosa libertad.
¡Infortunado de él como quiera que tomen su acción los venideros!
Por encima de todo destacará su amor a la patria y su inmensa ansia de gloria.
Pero mira allá lejos a los Decios y Drusos y a Torcuato,
el cruel con su segur,
y a Camilo que toma cobradas las enseñanzas.
Pues aquella pareja que ves resplandecer
con el brillo de idéntica armadura,
ahora acordes en tanto que esta noche les oprime,
¡qué guerra, ay, no se harán si un día llegan a la luz de la vida!
¡Qué batallas las tuyas! ¡Qué tremendo su estrago! El padre bajará
del bastión de los Alpes y de la fortaleza de Mónaco; el esposo de su hija
alinearán contra él huestes de Oriente. ¡No avecéis, hijos míos, vuestros ánimos
a tan funestas guerras ni volváis el poderoso brío de la patria
en contra de sus propias entrañas! Y tú cesa el primero, tú que eres del linaje
de los dioses, arroja de las manos ya las armas, tú, sangre de mi sangre!
Aquél por su victoria de Corinto va a guiar su carroza triunfal
hasta el bastión del Capitolio, egregio por los aqueos a que diera muerte.
Ese otro arrasará Argos y la Micenas de Agamenón, y vencerá a un Eácida,
descendiente de Aquiles, poderoso en las armas,
vengando a sus mayores troyanos
y el templo profanado de Minerva, ¿quién a ti, gran Catón, y a ti, Coso,

podría pasaros en silencio? ¿Quién olvidar la estirpe de los Gracos
y a los dos Escipiones, dos rayos de la guerra, que arrasarán la Libia?

¿Y a ti, Fabricio, tan grande en tu pobreza,

y a ti, Serrano, que tus surcos siembras?

¿A dónde forzáis, Fabios, mis pasos ya cansados?

Tú eres aquél, el más grande,

el único que sabe con dilaciones restaurar la patria.

Otros habrá —lo creo— que con rasgos más mórbidos esculpan

bronces que espiran hálitos de vida y que saquen del mármol rostros vivos,

que sepan defender mejor las causas y acierten a trazar con su varilla

los giros en el cielo y anuncien la salida de los astros. Tú, romano,

recuerda tu misión: ir rigiendo los pueblos con tu mando. Estas serán tus artes:

imponer leyes de paz, conceder tu favor a los humildes

y abatir combatiendo a los soberbios».

Habló su padre Anquises así y ante el asombro de sus oyentes añadió:

«¡Mira cómo Marcelo se adelanta, radiante con su espléndido trofeo,

y se alza victorioso entre todos los guerreros! Él cabalgando mantendrá el poder

de Roma en un tumulto asolador; arrollará

a los cartagineses y a los rebeldes galos y por tercera vez será él quien cuelgue

las armas conquistadas en el templo del paterno Quirino».

Viendo entonces Eneas que iba con él un joven de extremada belleza

y esplendente armadura pero triste la frente,

vuelto el rostro y los ojos hacia el suelo:

«¿Quién es, padre, ese joven que así acompaña a Marcelo en su camino?

¿Un hijo? ¿O es acaso un descendiente de su larga estirpe?

¿Qué sorda aclamación en tomo de él?

¿Qué noble aplomo en su figura?

Pero vuela ciñendo su cabeza la negra noche con su aciaga sombra».

A esto su padre Anquises le responde así rompiendo en lágrimas:

«No inquietas, hijo mío, el duelo inconsolable de los tuyos.

Los hados a ese joven no harán sino mostrárselo a la tierra,
mostrarlo, no más que eso. Sobrado poderoso os pareciera, dioses,
el linaje romano si este don vuestro fuera duradero.

¡Qué imponentes lamentos de sus hombres

el memorable Campo de Marte hará llegar a la egregia ciudad!

¡Qué exequias, río Tíber, verás cuando delante de su túmulo
recién alzado tu caudal deslices! Jamás un joven de troyana estirpe
eleará tan alto la esperanza de sus antepasados latinos

ni la tierra de Rómulo podrá ufanarse igual de ningún otro de sus hijos.

¡Oh, qué bondad la suya, qué antigua honradez de alma,

qué brazo invencible en la guerra!

Ninguno se opondría sin castigo al empuje de sus armas,

arremetía a pie o agujaba su espuela el flanco de espumante bruto.

¡Ay, mozo infortunado! ¡Si pudieras de algún modo

romper el cerco de tus duros hados!

¡Tú serás Marcelo! Dadme lirios a manos llenas.

Quiero esparcir sobre él purpúreas flores, prodigarle al alma de mi nieto
al menos este don, rendirle este vano homenaje».

Así van recorriendo sin rumbo toda aquella región,
sus anchos llanos luminosos,
derramando por todo la mirada. Cuando Anquises había ya llevado
por cada uno de aquellos parajes a su hijo
y enardecido su alma con el ansia de la gloria cercana,
en seguida pasa a mentar las guerras que había de emprender poco después.
Y le habla de los pueblos laurentes y de la ciudad de Latino,
y de cómo evitar y soportar cada una de las pruebas.

(VIR, *En.* VI, 678-892)

7.2. Roma antes de Roma

VENUS ENTREGA A ENEAS LAS ARMAS FORJADAS POR VULCANO

Pero la diosa Venus había ya bajado a traerle sus dones,
radiante de blancura, entre las nubes del cielo. Apenas desde lejos
acierta a ver a su hijo en el fondo del valle,
a solas en la orilla de la helada corriente,
se dirige a él así y aparece resuelta ante sus ojos:
«Aquí tienes los dones ya acabados
que prometió forjarte la destreza de mi esposo.
Ya puedes, hijo mío, sin recelo retar a los altivos laurentinos
y hasta al brioso Turno». Dice y tiende los brazos
hacia su hijo la diosa de Citera
y deposita las radiantes armas debajo de una encina enfrente de él.
Este, gozoso con los dones de la diosa y con el alto honor,
no acierta a saciar su alma de contento. Y vuelve la mirada a cada pieza

y se asombra a su vista y las toma en sus manos y sopesa en sus brazos
el yelmo pavoroso con su penacho y su raudal de llamas,
la espada portadora de la muerte, el duro coselete,
foijado en bronce, de color de sangre, enorme, como grisácea nube
que, embestida por los rayos del sol, arde y fulge su lumbré desde lejos.

Y a una con ello las bruñidas grebas de electrode oro refinado
y la lanza, y el trabajo indecible de forja del broquel.

Pues el señor del fuego, que sabe de presagios de adivinos,
a quien no se le oculta el porvenir, había labrado en él la historia
de Italia y los triunfos de Roma. Estaba allí toda la descendencia
del linaje de Ascanio y las guerras que había sostenido una por una.

Había cincelado asimismo tendida sobre el verde antro de Marte a la loba parida;
retozan los dos niños gemelos, colgados de sus ubres juegan
y maman de la madre sin temor. Ella doblando su redondo cuello
los lame uno tras otro y repule sus cuerpos con su lengua.

Cerca de ellos había puesto a Roma y las sabinas arrebatadas contra toda ley
de entre la concurrencia sentada por las gradas mientras se celebraban
grandes juegos de circo. Al punto estalla nueva guerra
entre el pueblo de Rómulo y el viejo Tacio y su severa Cures.

Luego los mismos reyes dejando de luchar estaban en pie armados
ante el altar de Júpiter con la copa en la mano y establecen un pacto de alianza
inmolando una cerda. Y dos cuadrigas cercanas acuciadas en dirección contraria
descuartizan a Meto. (Pero debiste, albano, cumplir lo prometido).

Y Tulo va arrastrando por el bosque los miembros del perjurio,

y las zarzas salpicadas destilan el rocío de su sangre.

Allí estaba Porsenna que ordenaba acoger a Tarquinio expulsado y apremiaba con imponente asedio la ciudad. Y los hijos de Eneas se lanzan a las armas para salvar la libertad.

Allí verías a Porsenna, retrato de la misma indignación, de aspecto amenazante por la audacia de Cocles de desgarrar el puente y la hazaña de Clelia que rompe sus cadenas y pasa a nado el Tíber.

En la parte cimera Manlio, el guardián del alcázar tarpeyo, que defiende la cumbre del monte Capitolio. Está de pie ante el templo.

El palacio de Rómulo erizaba su techumbre de paja reciente todavía.

Allí un ganso de plata aleteando por el pórtico de oro con su graznido avisa que están los galos en el mismo umbral.

Se acercan entre jaras los galos. Amparados en las sombras, a favor de la noche cerrada, alcanzan ya la cumbre. Sus cabellos son de oro; es de oro su vestido; lucen listados sayos;

llevan collares de oro anudados al cuello

blanco como la leche; sus diestras van blandiendo dos venablos alpinos;

largo escudo les cubre el cuerpo entero.

Allí Vulcano había cincelado a los Salios danzando,

a los lupercos desnudos; los bonetes picudos con sus borlas de lana,

los escudos caídos del cielo y los mullidos coches en que castas matronas desfilaban por la ciudad portando los objetos de culto.

Añade más allá la morada del Tártaro, el alto umbral del reino de Plutón y el castigo de los crímenes. Y a ti, Catilina,

colgado de un peñasco a punto de caer,
temblando ante la cara de las Furias. Y aparte los justos y Catón,
que les va dictando leyes. En el centro tendíase a la vista
el hervoroso mar labrado en oro.

Las olas verdiazules espumaban sus randas albeantes.

Y en derredor delfines relucientes de plata
iban batiendo en círculo con sus colas el ponto
y hendían su oleaje. Podían verse en medio
broncíneas naves del combate de Accio
y hervir todo el Leucate en formación de guerra
y los relumbres de oro de las olas.

A un lado Augusto César lleva a Italia al combate, senadores y pueblo
con sus Penates y sus grandes dioses. Está en pie sobre lo alto de la popa.
Brot a doble haz de llamas de sus radiantes sienes y sobre su cabeza
resplandece la estrella de su padre.

Agripa en otro lado a favor de los vientos y los dioses
va guiando su línea de navíos. En sus sienes relumbra la corona naval
orlada de esperones, egregio distintivo de la guerra.

Enfrente Antonio con sus tropas bárbaras, con la variada traza de sus armas,
vencedor de los pueblos de la aurora y orillas del Mar Rojo,
trae a Egipto consigo y a la fuerza del Oriente, la remota Bactriana,
y le sigue, ¡oh, baldón!, su esposa egipcia.

Se lanzan todos a una rasgando el haz del mar,
que borbullea espuma al golpe de los remos girados hacia atrás

y los tres esperones de las proas. Ponen rumbo a alta mar.

Creerías estar viendo a las Cícladas

desgajadas atravesar a nado el oleaje

o entrechocar encumbradas montañas con montañas. Con tan ingentes moles los marinos embisten a las popas torreadas.

Se cruzan teas de inflamada estopa y el hierro volandero de los dardos.

Se ven los campos de Neptuno tintos de fresca sangre derramada.

La reina está en el centro convocando a los suyos al son del sistro patrio.

No ha visto todavía los dos áspides que acechan a su espalda.

Dioses de toda traza y aterradora catadura y el ladrador Anubis

empuñan sus venablos contra Neptuno y Venus y la misma Minerva.

Marte labrado en hierro arremete airado en medio del combate.

Por el aire van aleando las odiosas Furias.

Y desgarrado el manto avanza alborozada la Discordia.

Y le sigue Belona con el látigo salpicado de sangre.

Lo advierte Apolo, el de Accio, y apresta al punto el arco allá en la altura.

Aterrado a su vista todo Egipto y la India y toda Arabia y todos los sabeos

van dándose a la fuga. Se ve a la misma reina invocando a los vientos,

y desplegar las velas y hasta el instante de soltar las jarcias.

La había cincelado el dios del fuego en medio del estrago,

pálida por la muerte ya inminente,

llevada por el viento Yápige a través de las olas.

Y enfrente de ella el Nilo, corpulento, entristecido,

descorriendo de par en par su manto y llamando a los vencidos

a ampararse entre los sueltos pliegues de su regazo.

Pero César Augusto, cruzando en su carroza
el recinto de Roma con los honores de su triple triunfo,
Les dedica su inmortal don votivo a los dioses de Italia
y consagra por toda la ciudad
tres centenares de grandiosos templos. Estallan de alegría,
de festejos y vítores las calles. En cada templo un coro de matronas,
en todos sus altares, y ante ellos los novillos inmolados cubriendo todo el suelo.
El mismo Augusto sentado en el umbral blanco de nieve del radiante Febo
va mirando los dones de los pueblos y los cuelga de sus soberbias puertas.
Pasan en larga hilera los vencidos, tan diversos
en su atuendo y sus armas como en su habla.
Había allí Vulcano modelado la tribu de los nómadas,
los africanos de flotante veste,
los léleges, los carios, los gelonos armados de saetas.
El Éufrates fluía mansa ya la altivez de su corriente.
Pasaban los morinos que pueblan los remotos confines de la tierra,
el Rin bicorne, los indómitos dahas, el río Araxes, resentido por su puente.
Eneas asombrado contempla estas escenas del broquel de Vulcano, don materno.
Desconoce los hechos, pero goza mirando las figuras
y carga a sus espaldas la gloria y los destinos de sus nietos.

(VIR, *En.* VIII, 608-731)

